

colorchecker CLASSIC

x-rite



R.16558

EL ESCLAVO DE SU CULPA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Representada por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el día 13 de Diciembre de 1877.

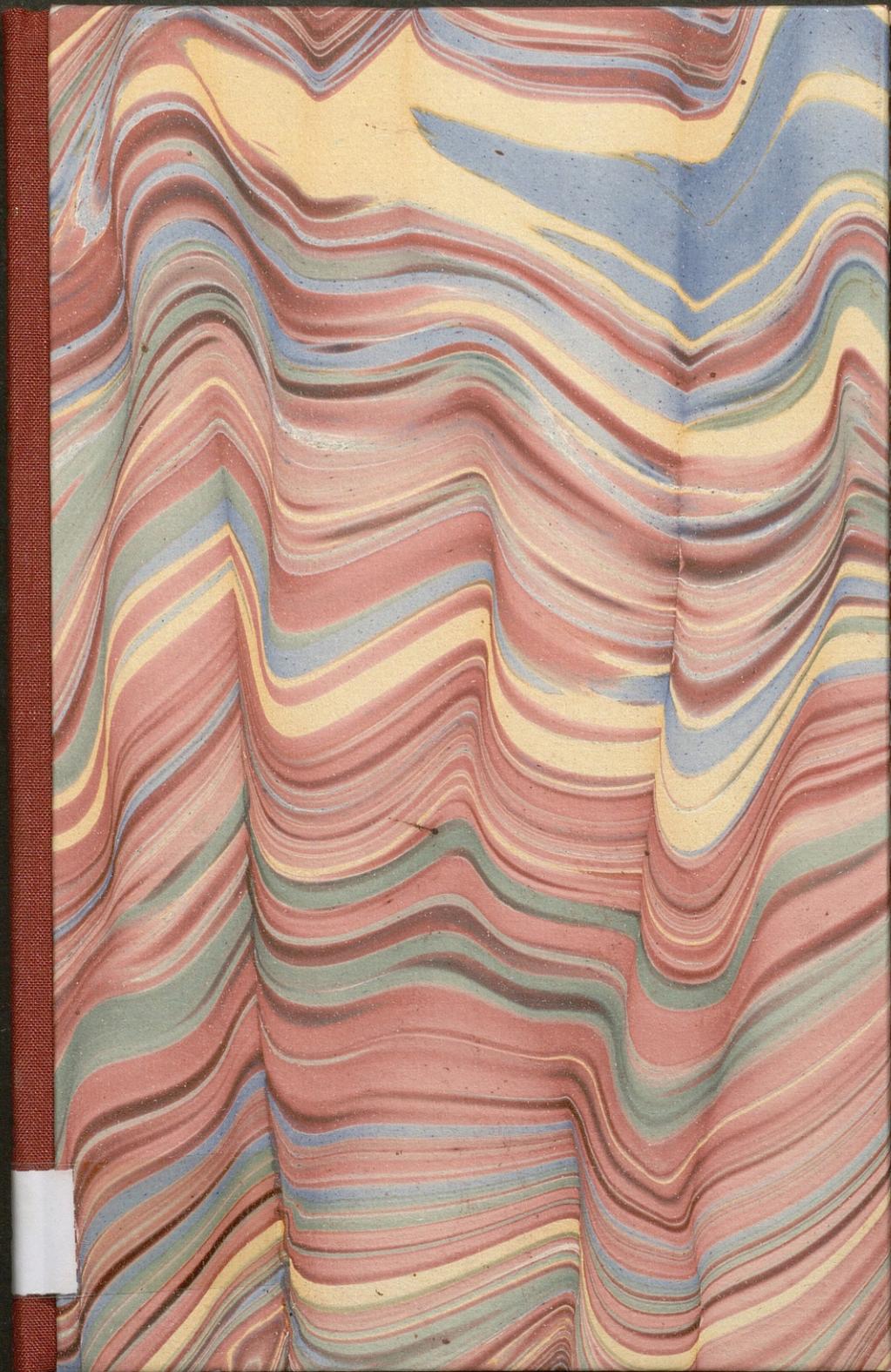
TERCERA EDICIÓN



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 48.
1878.

R. 205646



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

EL

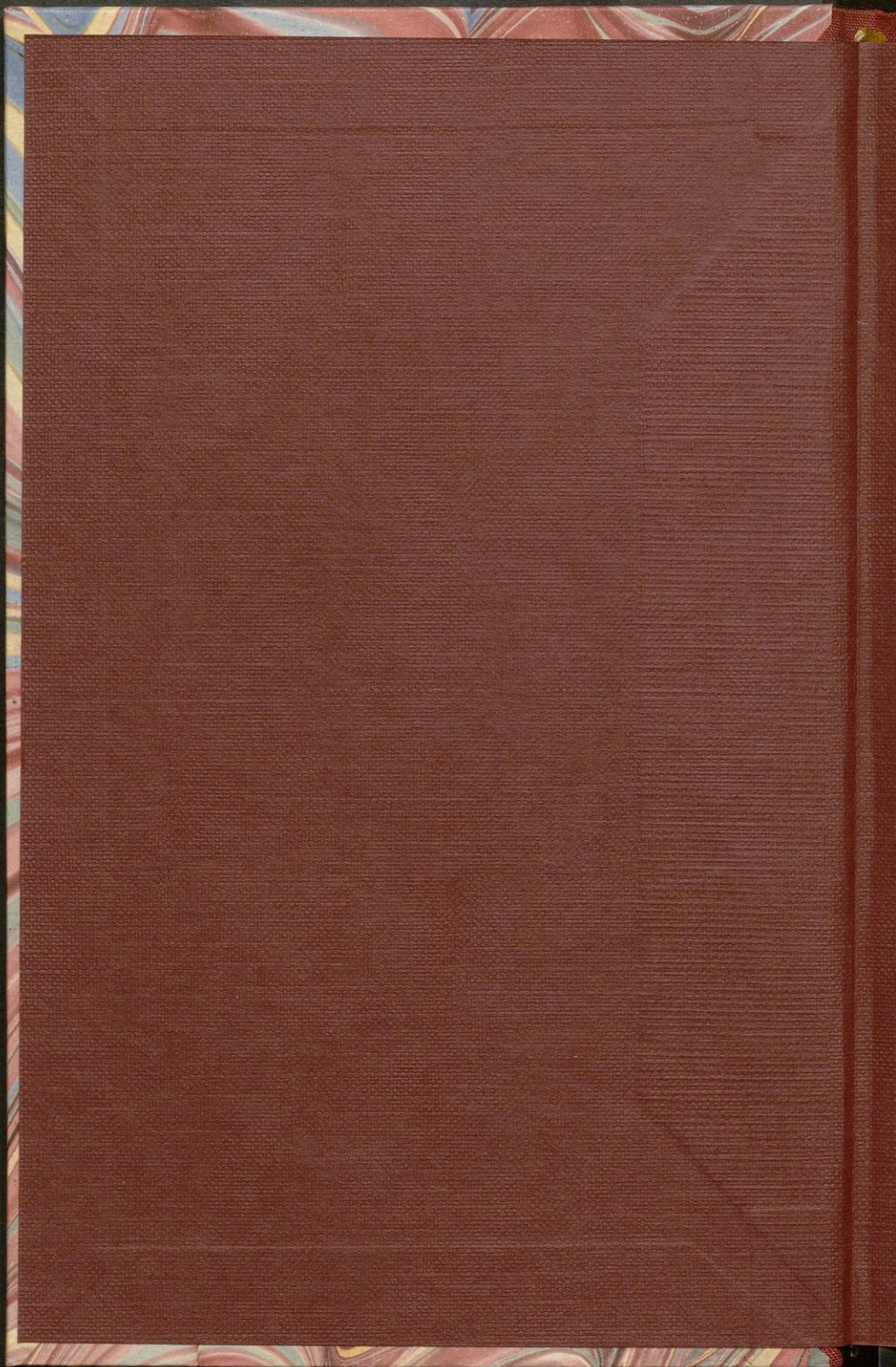
EL

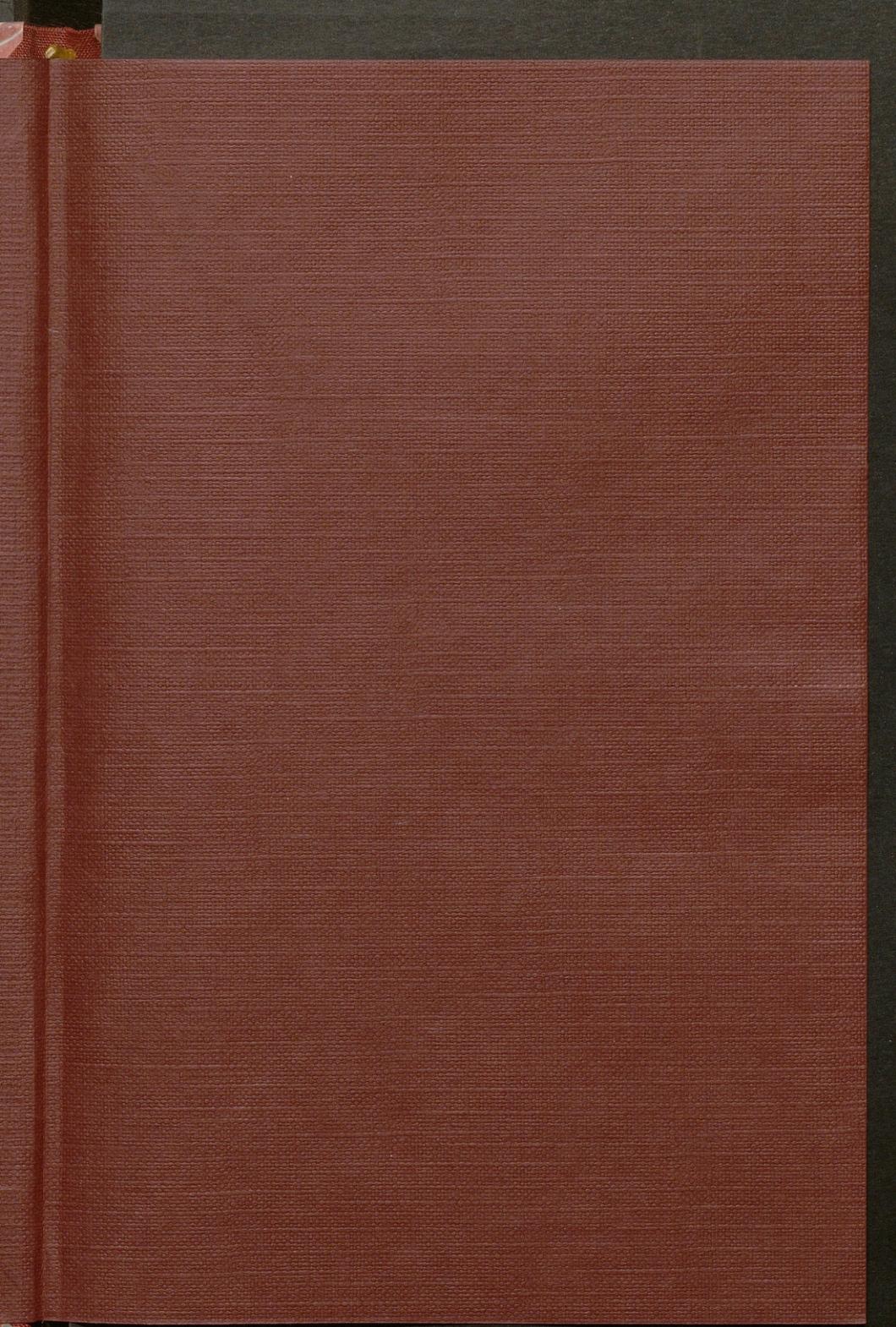
EL

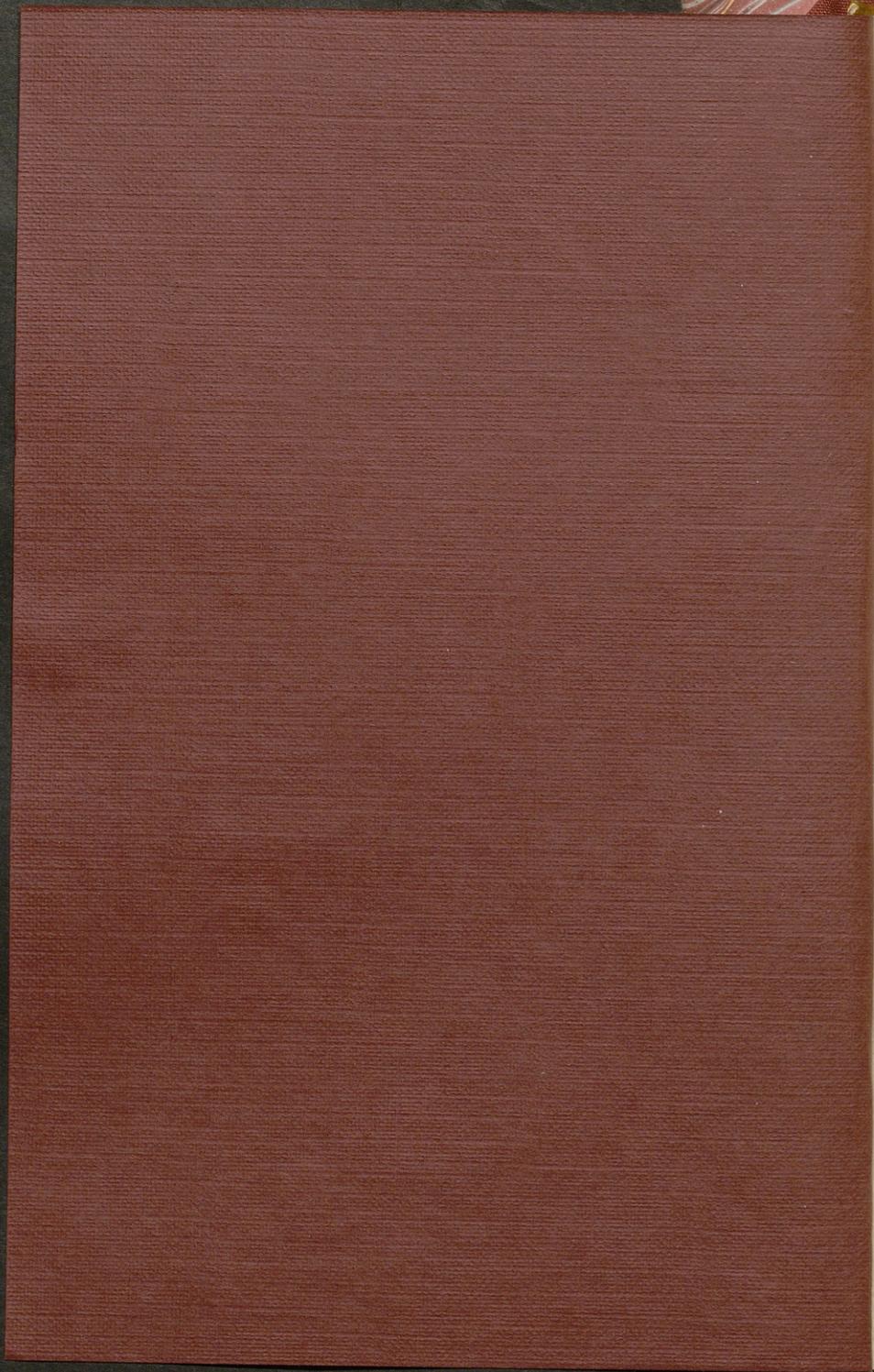
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

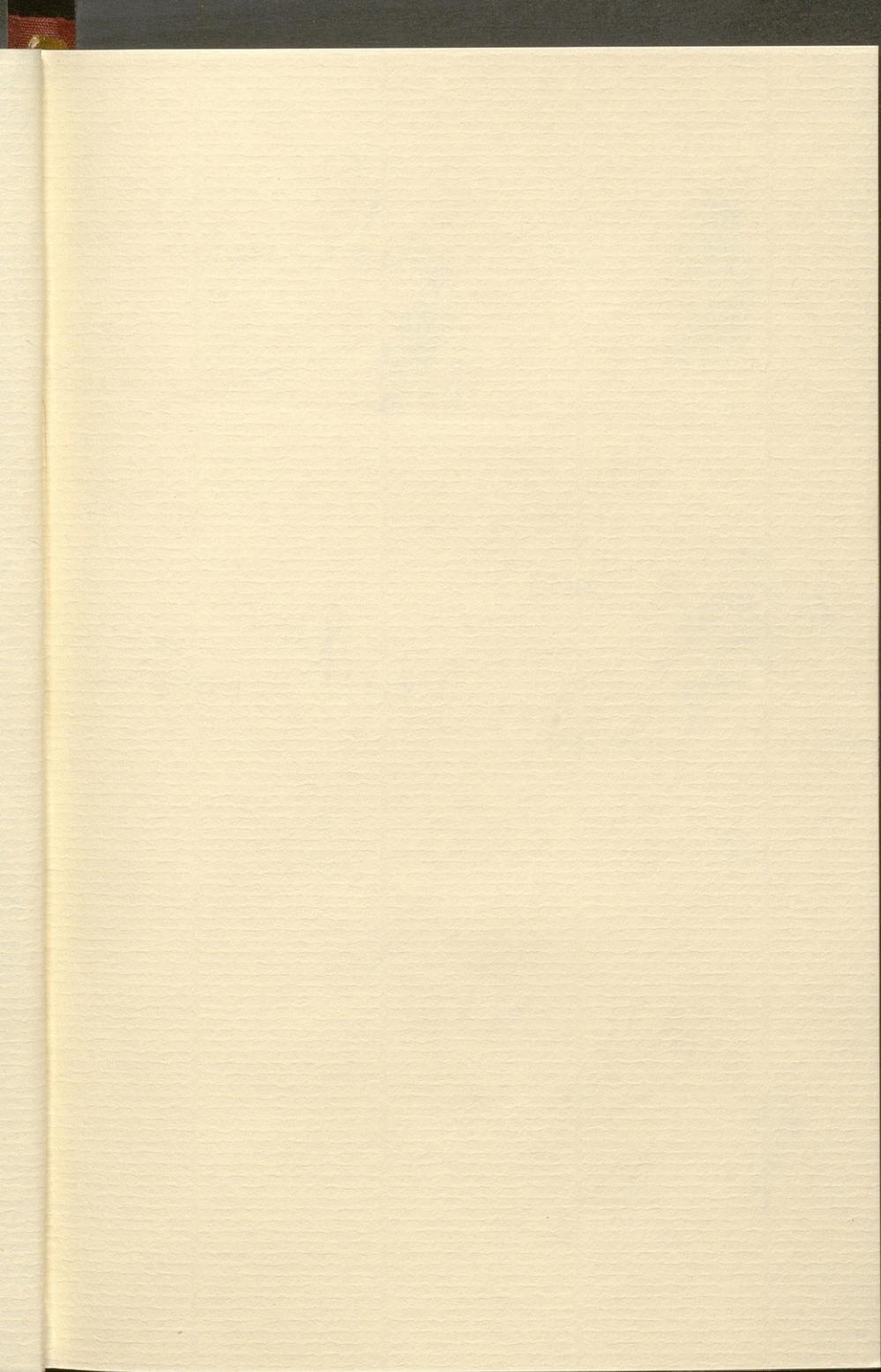
RES
438











Y
Elisa Teves Felisa



Mano River

Elisa



Soledad Gomez

Lapatero

J

Justina Teley

J



Elin Tibby

EL ESCLAVO DE SU CULPA.

LIBRERIA DE QUESTA
CARRETAS 3 MADRID

RES
438

R.

1912 FEB 30 1912 33

P. 825646

R. 16558

EL ESCLAVO DE SU CULPA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Representada por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el día 13 de
Diciembre de 1877.

TERCERA EDICIÓN



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

D. 825646

PERSONAJES.

ACTORES.

ENRIQUETA.....	D. ^a CÁNDIDA DARDALLA.
EMILIA.....	ANTONIA CONTRERAS.
CÁRLOS.....	D. ANTONIO VICO.
RAMON.....	ANTONIO ZAMORA.
ALFREDO.....	ALBERTO RODRIGUEZ.
PABLO.....	JOSÉ BARTA.
UN CRIADO.....	JULIAN GASTRO.

La escena pasa en Madrid: época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MIS QUERIDOS PADRES.

Juan Antonio.

A MRS. QUERIDO PATER

1840

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantemente amueblado en casa de Ramon.

ESCENA PRIMERA.

RAMON.—ALFREDO.

- RAMON. ¡En vano tu voz procura
vencer mis inclinaciones!
- ALFREDO. ¡Pero atiende á mis razones!...
¡disputas una locura!
Es ya mucha obstinacion.
- RAMON. Pues no has de hacerme cejar.
- ALFREDO. Hombre... ¡por Dios!... Comparar
Madrid con un poblachon!
- RAMON. Yo no he comparado...
- ALFREDO. Sí.
- RAMON. Negarás inútilmente...
Yo he dicho tan solamente
que vivo mejor allí.
¡Si tal!... hallo más placeres
que en Madrid; más alegría!
paso un dia y otro dia
en mi fábrica y talleres;
ando, observo, me solazo,
y los trabajos dirijo.
- ALFREDO. Sí, sí, comprendo; ¡de fijo
correrás un gran bromazo!

RAMON. ¡Mis gustos son diferentes!...

ALFREDO. ¡Ya lo veo!

RAMON. Y sobre todo,
si vieras tú de qué modo
me quieren aquellas gentes!
Nunca allí llegó á turbar
mi paz la envidia menguada.
Créeme, Alfredo, no hay nada
tan grato como el hogar!

ALFREDO. ¡Bah! ¡tu inocencia me irrita!
¡Ya no hay más hogar que el mundo!
¿á qué ese asombro profundo?
¡El hombre es cosmopolita!

RAMON. ¡Eh!

ALFREDO. ¡Patria! ¡hogar!—¡qué demonio!—
pero qué atrasado te hallas!
esas ya son antiguallas!
lo mismo que el matrimonio!
¡En el día, aunque te asombre,
no tiene razon de ser!
¡hoy es libre la mujer
lo mismo que es libre el hombre!
¡Cesen esas tiranías!
¿Por qué esclavizarla así?

RAMON. (Sin poderse contener.)
¡Mira... delante de mí
no digas majaderías!

ALFREDO. ¡Te asombras al escucharme!

RAMON. ¡Es que estás disparatando!

ALFREDO. ¡Ya te irás acostumbrando
con el tiempo!

RAMON. ¿Acostumbrarme?

ALFREDO. Ahora acabas de llegar
de tu pueblo, y no lo extraño:
¡ya verás dentro de un año!...

RAMON. No; ¡yo no puedo cambiar!
¡Después de lo que te he oído,
aquí feliz no he de ser!
por dar gusto á mi mujer
accedí á ser elegido
diputado, y te confieso,

- que fué bien á mi pesar!
 ALFREDO. ¡Por algo se ha de empezar! (Burlándose.)
 RAMON. ¡Nada; en cerrando el Congreso...
 al pueblo otra vez! ¡Canario!
 (Recordándolo con satisfaccion.)
 ¡no hallaré en la córte nada
 parecido á la velada
 de casa del boticario!
 Yo que aquí tanto me aburro
 no exhalaba allí un reproche!
 ¡Allí... pasaba la noche
 jugando al tute... y al burro.
 ALFREDO. ¡Hombre!... ¡Soberbia partida!
 RAMON. Iba más de la mitad
 del pueblo... ¡qué sociedad!
 ¡Si era lo más escogida!
 El albéitar, su sobrina,
 el síndico, el sangrador,
 el alcalde, un regidor,
 doña Rita, mi vecina,
 dos señoras... muy pesadas,
 un antiguo comerciante,
 la viuda de un comandante
 con tres hijas jorobadas;
 el ahijado del tío Curro,
 don Severo el intendente,
 en fin, ya ves!... buena gente.
 ALFREDO. Sí... ¡para jugar al burro!...
 RAMON. Nunca mi mente olvidó
 las horas allí pasadas.
 ¡Daban unas risotadas
 cuando me quedaba yo!
 Allí sin filosofías
 nos divertíamos mucho.
 ALFREDO. ¡Ay, Ramon! Cuando te escucho
 comprendo las teorías
 de Darwin.
 RAMON. ¿Es de buen tono
 sacar siempre tanto nombre?...
 ALFREDO. Darwin sostiene que el hombre
 es descendiente... del mono!

- RAMON. ¡Oh! pues si son acertados
los principios que me ofreces,
¿sabes tú que te pareces
mucho á tus antepasados?
- ALFREDO. Que eso tu voz me atribuya
con mis gustos se concilia,
sé que empezó mi familia
por donde acaba la tuya.
¡Esas cosas no me afligen,
no me pasa lo que á tí!
- RAMON. Mi mujer viene hácia aquí.
No le descubras... tu origen.

ESCENA II.

DICHOS.—ENRIQUETA, por la izquierda.

- RAMON. ¡Enriqueta! (Acercándose á recibirla.)
- ALFREDO. ¡Prima mia!
- ENRIQUETA. ¡Si vengo á estorbar á ustedes!...
- ALFREDO. ¡Tú estorbarnos nunca puedes!
- ENRIQUETA. Gracias.
- ALFREDO. No es galantería.
Estorba quien un solaz
turba que nos entretiene,
pero nunca la que viene
á ser un iris de paz.
- ENRIQUETA. ¡Hola! ¿Había discusion?
- RAMON. Éste estaba sosteniendo...
- ALFREDO. ¡No! ¡tú!...
- ENRIQUETA. Siempre discutiendo.
- RAMON. Pues ya acabó la cuestion.
- ALFREDO. ¡Oportuna cual ninguna
ahora tu presencia ha sido!
- RAMON. ¡Siempre igual ha sucedido!
¡Si ella es lo más oportuna!
- ENRIQUETA. ¿De veras? (Con cariñosa coquetería.)
- RAMON. (Contemplándola.) ¡Vale un Perú!
¡Mirándola me embeleso!
y no la doy un...

(Volviéndose hácia Alfredo, que tose al ver que va á abrazarla.)

- RAMON. ¡Por eso,
porque estás delante tú!
- ENRIQUETA. (¡Por Dios, Ramon!)
- RAMON. (¿Digo mal?)
- ENRIQUETA. (No, pero...)
(Se sienta Enriqueta.)
- RAMON. (Mirando á Alfredo.) (Es verdad, ahora...)
- ALFREDO. (¡Oh escena conmovedora
de santo amor conyugal!)
- RAMON. Siempre que va por la calle,
aquí... á mi brazo agarrada,
deja á la gente parada
examinando su talle.
Y todos con ansia loca
de hablarla tienen antojos;
algunos dicen... ¡qué ojos!
otros dicen... ¡ay! que boca.
Y no falta entrometido
que al ver cómo la sostengo
dice... ¡qué envidia te tengo
al zángano del marido!
Ayer mismo, de paseo,
uno, que será de fijo
andaluz, según colijo
por su gracia y su ceceo,
dijo, «se me abren los poros
al mirarla... ¡qué mujer!
¡pues si tiene más que ver
que una corrida de toros!»
- ENRIQUETA. ¡Jesús! ¡qué exageracion!
- ALFREDO. ¡Era andaluz! no es extraño.
- RAMON. ¡No, si á mí no me hace daño
que digan eso!
- ENRIQUETA. ¡Ramon!
- RAMON. Pero en fin, aún más deseo
verla en mi modesta aldea
siempre feliz... me recrea
pensarlo!... pues ya lo creo!
Nadie allí turba mi calma;

ninguna inquietud recibo,
y vivo bien, porque vivo
con mi mujer de mi alma!
Con su cariño... en mis días,
¿qué me importa lo demás;
¡y en fin, no quiero hablar más
por no decir tonterías!

ALFREDO. ¡Bravo!

ENRIQUETA. Gracias, mas preveo
que aunque es ligera tu cruz,
vas siendo tan andaluz...
como el que nos vió en paseo.

ALFREDO. ¡Su entusiasmo es natural!

RAMON. ¿Verdad que sí? Gracias, primo.

ALFREDO. (Pero chico... ¡tanto mimo
en un hombre tan formal!..

RAMON. (¡Eh! quita allá.)

ALFREDO. (Un diputado...
de órden!) (Riéndose.)

RAMON. ¡Ah!...

(Recordando repentinamente lo que había encar-
gado á Alfredo.)

ENRIQUETA. ¿Qué es eso?

RAMON. (Á Alfredo.) Dí.

¿Viste al fin á Cárlos?

ALFREDO. Sí,

esta mañana le he hablado,
y me dijo que vendría
conmigo á verte. (Mirando á su rel.j.)

Me espera

en su casa y no quisiera...

¡Oh, qué cabeza la mía!

¡si son cerca de las tres!

Voy más ligero que el viento.

RAMON. Que vengais pronto.

ALFREDO. Al momento.

Adios, prima. (Váse por el foro.)

ENRIQUETA. Hasta despues.

ESCENA III.

ENRIQUETA.—RAMON.

ENRIQUETA. ¡Quién es Carlos?

RAMON. Aguilar.

ENRIQUETA. No recuerdo...

RAMON. Es un amigo
que se ha criado conmigo
y á quien deseo abrazar.
Hace ya que no le veo,
si está mi cuenta bien hecha,
veinte años.

ENRIQUETA. Larga es la fecha.

*(Queda pensativa.)*RAMON. ¿Que si es larga? ¡ya lo creo!
En el pueblo nos criamos
juntos y juntos crecimos,
mas luégo cuando hombres fuimos
nuestros pasos separamos.
Él tenía aspiraciones,
quiso del mundo gozar
y aquí vino á realizar
sus risueñas ilusiones.
Yo que, quizá más prudente,
no tenía esa ambicion,
pasar quise en mi rincon
la vida tranquilamente.
Y mientras él derrochaba,
vanos placeres buscando,
yo en mi pueblo trabajando
feliz y alegre gozaba.ENRIQUETA. ¿Y desde entónces quizá
á verle no has vuelto?

RAMON. No.

Alfredo ayer me contó
que hace dos dias que está
en Madrid, y deseaba
abrazarle.

- ENRIQUETA. Es natural. (Sigue pensativa.)
- RAMON. (Notando su distraccion.)
¿Qué tienes? ¿te sientes mal? (Con sonrisa.)
- ENRIQUETA. ¿Yo? No tal.
- RAMON. Me figuraba...
(Contemplándola. Pausa.)
Con razon ha tiempo creo
que algo te aflige y te inquieta.
- ENRIQUETA. De veras que no!... (Con cariño.)
- RAMON. (Sentándose á su lado.) ¡Enriqueta,
no me niegues lo que veo!
¡Tú no eres feliz!
- ENRIQUETA. ¡Qué antojos!
¡No piense tu mente loca!...
- RAMON. ¡Á qué me niega tu boca
lo que me dicen tus ojos!
De su radiante belleza
no perdieron los destellos,
pero hace tiempo que en ellos
miro escrita tu tristeza,
y al fin me confesarás
que á la verdad no hago agravios;
podrán mentirme tus labios...
pero tus ojos jamás!
- ENRIQUETA. ¡No!... Sospechas sin razon.
- RAMON. No pienso haberme engañado:
¿eres feliz á mi lado? (Con amor.)
- ENRIQUETA. Te debo tanto... Ramon!
(Con viva expresion y ruborizándose á la vez.)
- RAMON. ¡No digas!
- ENRIQUETA. Tú conocías
la historia de mi existencia...
- RAMON. Vamos, calla... esa insistencia...
- ENRIQUETA. Tú mi pasado sabías...
- RAMON. ¡Mujer!...
- ENRIQUETA. Y con noble empeño
aquella falta olvidando
tu amor me ofreciste, ansiando
de mi mano ser el dueño!
- RAMON. Bien, pero al hacerlo así
yo, que ciego te adoraba,

tu gratitud no buscaba,
 buscaba algo más en tí.
 ¡No digo que esa virtud
 no atesores afanosa,
 pero amor es una cosa
 y otra cosa es gratitud!
 ¡Ésta da al pecho calor
 y aquel le abrasa sin calma!
 dime, lo que hay en tu alma,
 es gratitud... ó es amor?

ENRIQUETA. ¡Amor! (Con amor.)

RAMON. ¿De veras?

ENRIQUETA. ¡Oh! ¡sí!

RAMON. ¡jamás te engañé! .. ¡de veras!

RAMON. ¡Haces bien!... ¡si tú supieras
 lo que yo te quiero á tí!

¡Allá en un pueblo educado,
 nunca en la córte he vivido
 y en mi rincón he aprendido
 solamente á ser honrado!

¡Yo seré rudo quizás
 ó franco cual tú me llamas,
 mas sabiendo que me amas,
 á qué quiero saber más!

¡O! no sé qué conmocion
 extraña mi pecho hiere;
 pero parece que quiere
 saltársele el corazón,
 y es que repetir te oía
 que me amabas sin reposo,
 y me hiciste tan dichoso
 que me ahogaba la alegría.

ENRIQUETA. Poco premio para tí
 es el premio de mi amor.

RAMON. ¿Dónde hallar otro mejor?
 Ese solo pretendí.

ENRIQUETA. ¿Y no es tuyo?

RAMON. ¡Oh! ¡si lo es! (Con amor.)

ENRIQUETA. ¿Por qué pues esas manías?
 Mira; en pasando estos dias,
 para primeros de mes

nos vamos al pueblo: allí
á vivir siempre.

RAMON. ¿Qué dices? (Con alegría.)

ENRIQUETA. ¡Allí seremos felices!

RAMON. ¡Y has de privarte por mí!...
jamás lo consentiré!

ENRIQUETA. Mi dicha está en ser tu esposa,
y á tu lado, venturosa
en cualquier parte seré.

Y cuando de trabajar
allá en las noches de invierno,
un asilo amante y tierno
vuelvas buscando á tu hogar,
yo allí te estaré esperando,
y sin recelar de nada
pasaremos la velada
de nuestras dichas hablando.

¡Si es tu tarea enojosa
de ella podrás descansar
junto al fuego del hogar
y en los brazos de tu esposa!

¡Allí con afán profundo,
la existencia pasaremos
y contentos viviremos
lejos... muy lejos del mundo!
¡Y sin ninguna inquietud,
dando de honradez ejemplo,
será nuestra casa el templo
del amor y la virtud!

¡Amor que nos dé consuelo
del mundo en la cruda guerra!

¡virtud que desde la tierra
nos vaya acercando al cielo!

RAMON. ¡Oh!... dices bien!... ¡dices bien!
Es, tan buena como hermosa.

ENRIQUETA. ¡Allí seré yo dichosa,
y tú lo serás también!

ESCENA IV.

DICHOS.—PABLO. Por el foro.

PABLO. Señor... (Entrando.)

RAMON. ¿Qué hay?

PABLO. Dos caballeros
esperan en su despacho;
dicen que usted...

RAMON. Sí, ya sé... (Á Enriqueta.)

Dos amigos diputados
que vienen á que tratemos
de un asunto; ayer quedamos
en reunirnos aquí.ENRIQUETA. ¡Oh! pues vé...
(Levantándose.)

RAMON. Sí.

ENRIQUETA. Yo entre tanto
voy á poner cuatro letras
á tu madre.RAMON. Bien; yo acabo
en seguida.ENRIQUETA. ¿Escribirás
tú tambien?

RAMON. Pues está claro.

ENRIQUETA. ¡Adios, viejecito mio!
(Haciendo una caricia á Pablo al pasar cerca de
él en direccion á su gabinete.)

PABLO. ¡Jé! jé... (Contemplándola embobado.)

ENRIQUETA. (Á Ramon. Váse por la izquierda.)
Adios.

RAMON. (Desde la puerta.) ¡Si es mi encanto!

ESCENA V.

RAMON —PABLO.

RAMON. ¡Pablo!

- (Volviendo y viendo á Pablo enternecido.)
- PABLO. ¡Señor...
- RAMON. ¿No es verdad
que es un ángel?
- PABLO. ¡La idolatro,
señor, con toda mi alma!
Desde que nació, á su lado
viví siempre, y nunca olvido
que, cuando niña, en mis brazos
la llevaba á todas partes
siendo mi dicha y mi encanto!
- RAMON. Por eso yo no he querido
que mientras viva el buen Pablo
ni un solo día se aleje
de esta casa.
- PABLO. Y yo le pago,
señor, con mi fiel cariño,
aunque es de valor extraño.
- RAMON. ¡Ya lo sé, Pablo!
- PABLO. Señor,
recuerde que en el despacho
le esperan esos señores.
- RAMON. ¡Ah! sí: lo había olvidado.
Llegaré á creer que el mundo
ocupa solo este espacio.
(Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

- PABLO, luego ALFREDO y CÁRLOS por el foro.
- PABLO. No hay en él dicha completa.
Si viviera mi buen amo
y viera como yo veo
feliz á su hija... los años
pasaría como yo,
hecho un viejo acartonado.
- ALFREDO. Por aquí, Cárlos.
- PABLO. ¿Quién llega?
(Alfredo y Cárlos entran por la puerta del foro.)

Pablo al fijarse en Carlos retrocede comprimiendo un grito de sorpresa.)

¡Dios mio!

ALFREDO. ¿Eh? ¿qué le ha dado al buen Pablo?

PABLO. Nada... achaques de la vejez.

(Reprimiéndose de su turbacion, pero con la vista fija en Carlos.)

ALFREDO. ¡Pobre Pablo!
Los años son una carga muy pesada! ¿Se ha marchado Ramon?

PABLO. No señor; está ocupado en su despacho. Si usted quiere que le avise...

ALFREDO. No.

PABLO. Bien.

Siéntate aquí, Carlos. (Se sienta.)

PABLO. ¡Carlos... no! mis viejos ojos (Rechazando sus pensamientos,) me hacen ser un visionario.

ESCENA VII.

CÁRLOS.—ALFREDO.

ALFREDO. Pues señor, este salon (Sentándose.) convida á que le esperemos sentados.

CÁRLOS. ¿Conque tenemos ya diputado á Ramon?

ALFREDO. Sí tal.

CÁRLOS. Su buen gusto alabo.

ALFREDO. ¿Quién imaginar podría!...

CÁRLOS. Sabes que me da alegría verme per Madrid al cabo.

ALFREDO. ¿Regresas gustoso?

CÁRLOS.

Sí.

Aquí mi dicha fué cierta,
y al volverlo á ver despierta
muchos recuerdos en mí.
El placer nunca se olvida,
y yo; con suerte extremada,
pasé aquí la temporada
más dichosa de mi vida.
¡Jamás tan locos placeres
en su incesante anhelar
pudo mi mente soñar!
orgías, bailes, mujeres!
Nada entónces, según creo,
ansiaba mi corazón,
que iba la satisfacción
delante de mi deseo.

ALFREDO. No hay quien en gusto te iguale,
tengo ha tiempo esa evidencia.

CÁRLOS. Allí aprendí la experiencia
del mundo, que tanto vale,
aunque es bien triste en verdad.

ALFREDO. Qué ¿de nada te ha servido?...

CÁRLOS. Sí tal; por ella he podido
conocer la sociedad.
Y al mirarla de ese modo,
su velo ansiando romper,
he venido á comprender
que en ella es mentira todo.
Hablo con exactitud,
no es que estoy en un error,
hoy ya es un mito el amor
lo mismo que la virtud.

ALFREDO. ¡Hombre! asombrado me dejas
con tan cruel teoría.

CÁRLOS. Antes... yo también creía
en esos cuentos de viejas;
pero hoy, chico, no lo dudes,
nadie á negarlo se atreve,
en el siglo diez y nueve
no entendemos de virtudes.
Que en este siglo de locos,

de genios y de hombres duchos,
sabios... tal vez haya muchos,
pero santos hay muy pocos.

ALFREDO.

¡Chico!

CÁRLOS.

Te lo digo yo,
y á mí nunca me engañaron,
los santos ya se acabaron.

ALFREDO.

No diré yo tanto.

CÁRLOS.

¿No?

ALFREDO.

Quizás haya algunos otros
que ser buenos se propongan.

CÁRLOS.

Sí, sí, como no nos pongan
en un altar á nosotros.

ALFREDO.

¿Á nosotros?

CÁRLOS.

Sí.

ALFREDO.

Tú inferes...

CÁRLOS.

Es injusto que te asombres.

ALFREDO.

¡Buenos estamos los hombres!

CÁRLOS.

¡Pues digo que las mujeres!...

ALFREDO.

La mujer siempre es mejor
que el hombre.

CÁRLOS.

Ni que lo creas.

ALFREDO.

Yo sostengo mis ideas.

CÁRLOS.

Pues estás en un error.

Yo no tengo esa creencia
ridícula por trivial,
de que es un sér ideal
que endulza nuestra existencia.

ALFREDO.

Pues yo creo, sin embargo,
que si se sabe elegir...

CÁRLOS.

No, mujer... quiere decir
contribucion con recargo.
No hay dos que marcarse puedan
con una honrosa excepcion;
¡todas, chico, iguales son!
no aprenden el mal, lo heredan.
Con los ejemplos que vieron
ninguna piensa en la enmienda.
Eva inauguró la senda
que todas ellas siguieron;
y despues, con la corriente

del tiempo, ha habido á estas horas
tantas Evas pecadoras...
y tanto Adan inocente!
Con la inmodestia extremada
que en ellas nota el que es ducho,
todas piensan valer mucho
y valen muy poco ó nada.
¿Amor?... jamás, no lo dudes,
de amor sintieron las huellas!
¿virtud?... buenas están ellas
para entender de virtudes!
Fiel, hacendosa y constante
ni una sola encontrarás...
y en fin, no te digo más
porque ya he dicho bastante.

ALFREDO.

¡Hombre, qué exageracion!

CÁRLOS.

Pues aun siendo de ese modo
la mujer, despues de todo
es mi constante aficion,
y ahora en la córte, mil daños
de fijo me causará...

ALFREDO.

¿Cuánto hace que faltas ya
de Madrid?

CÁRLOS.

Diez y seis años.

ALFREDO.

¿Cómo? tanto tiempo ausente
pasaste?...

CÁRLOS.

Sí, chico, sí.

Hace un año estuve aquí,
pero dias solamente.

ALFREDO.

Entónces no la has de hallar
igual que la abandonaste,
la córte que tú dejaste
no es la que vas á encontrar.

CÁRLOS.

Pero hablando de otra cosa,
¿conque Ramon se ha casado?

ALFREDO.

Sí, ya hace un año que ha entrado
en el gremio.

CÁRLOS.

(Con curiosidad.) ¿Y dí, su esposa?...

ALFREDO.

¡Oh! (Con admiracion.)

CÁRLOS.

¡Sí!... ¿eh?... (Con malicia.)

ALFREDO.

¡Vaya! ¡bocato

- di cardinali!* ¡Verás
 qué mujer! ¡no cabe más!
 ¡Qué elegancia! ¡qué buen trato!
 Atenta, fina, agradable,
 modesta, sencilla, hermosa,
 discreta, lista, graciosa!...
- CÁRLOS. ¡Chico, chico! ¿y es amable?
 (Con maliciosa intencion)
- ALFREDO. ¡Hasta allí!
- CÁRLOS. ¡Eh!
- ALFREDO. ¡Es un portento
 de gracias y perfeccion!
- CÁRLOS. ¡Y cómo escogió á Ramon?
- ALFREDO. ¡Toma! ¡pues ahí está el cuento!
- CÁRLOS. ¡Pretendo explicarme en vano
 tan intempestivo amor!
 ¡Mujer de tanto valor...
 y esposa de un provinciano!
- ALFREDO. ¡Él es un hombre muy fiel!
- CÁRLOS. ¡No hay mujer que afecto cobre
 á esas cosas! Dime... ¿es pobre?
- ALFREDO. ¡Qué!... ¡Si es más rica que él!
- CÁRLOS. Entónces... ¡Ah?... (Con malicia.)
- ALFREDO. ¡Qué te da?
- CÁRLOS. ¡Ya! (Con marcada intencion.)
- ALFREDO. ¿Qué?... ¿vas á presumir?...
- CÁRLOS. Había algo que encubrir...
 (Bajando misteriosamente la voz.)
- ALFREDO. ¡No señor, no!
- CÁRLOS. ¿Que no?... ¡Bah!
 ¡Pobre Ramon!
- ALFREDO. ¿Qué has pensado?
- CÁRLOS. ¡Nada: yo al vuelo las pillo!
- ALFREDO. ¡Hombre! . . ¡por Dios!
- CÁRLOS. ¡Pobrecillo!
 ¡Estaba predestinado!...
- ALFREDO. ¡Yo no he dicho!...
- CÁRLOS. Por sabido
 se calla... ¡conque acerté?
- ALFREDO. ¡Chits! habla bajo.
- CÁRLOS. Seré

prudente... como un marido.
 Ten más confianza en mí
 y no temas que yo cuente...
 Conque, vamos, francamente,
 ¿he acertado?

ALFREDO. (Bajando la voz.) Pues bien, sí,
 pero .. (Marcando la acción de callar.)

CÁRLOS. ¡Es claro! ¿y qué pasó?

ALFREDO. Creo que en su juventud
 puso á prueba su virtud
 cierto mozo...

CÁRLOS. ¿Y la engañó?

ALFREDO. Aprovechó el descreído
 su inocencia.

CÁRLOS. ¡Sí!

ALFREDO. ¡Y ya ves!
 ¡mas sin embargo... ella es
 un ángel!

CÁRLOS. ¡Ya estoy! (Caido.)

ALFREDO. Pues bien, cuando eso pasó
 en época ya olvidada,
 la pobre... desengañada,
 á un pueblo se retiró
 sola con su padre, buyendo
 de la córte y su alegría.
 En ese pueblo vivía
 Ramon.

CÁRLOS. Ya voy comprendiendo.

¿Ves cómo no me equivoco?

ALFREDO. Al verla discreta y bella,
 afirman que Ramon de ella
 se enamoró como un loco.
 Pidió á su padre su mano;
 y como buen caballero
 quiso contarle primero
 aquella historia el anciano.
 Ramon con pena la oyó;
 mas como con su alma toda
 la amaba, de aquella boda
 por eso no desistió.
 En aquel tiempo quince años

- ó muy poco más tendría.
 ¡Ya ves tú qué entendería
 de traiciones y de engaños!
- CÁRLOS. ¿Y él aceptó?
 ALFREDO. Sí; casada
 está con él.
- CÁRLOS. ¿Y es feliz?
 ALFREDO. Sí; se olvidó aquel deslíz,
 y Ramon...
- CÁRLOS. Hizo una hombrada.
 Nada en ello hay que me asombre.
- ALFREDO. ¡Ella vale un Potosí! (Con entusiasmo.)
 CÁRLOS. Lo que me parece á mí
 es que tu prima... (Con intencion.)
 ALFREDO. (Rechazando esa intencion.) ¡Qué! ¡hombre!...
 CÁRLOS. Creí...
 ALFREDO. ¡Tengo en otra ahora (Con entusiasmo.)
 puesto todo mi interés!
- CÁRLOS. ¡Hola! sepamos quién es.
 ALFREDO. Una chica... ¡encantadora!
 CÁRLOS. ¡Bien!
 ALFREDO. ¡Tiene hechizos á miles
 y eso mi cariño aumenta!
 Figúrate tú que cuenta
 poco más de quince abriles!
 Bonita edad.
- CÁRLOS.
 ALFREDO. ¡Su presencia
 es tan tierna y delicada!
 ¡y luégo aquella mirada!
 ¡y luégo aquella inocencia!
 ¡y luégo!...
- CÁRLOS. Basta.
 ALFREDO. ¿Por qué?
 CÁRLOS. Porque nadie te reclama
 tanto detalle. ¿Y se llama
 esa niña...
- ALFREDO. ¡No lo sé! (Con marcada re...
 CÁRLOS. Me ofende que así rehuyas
 decírmelo.
- ALFREDO. No te asombres.
 De las víctimas los nombres,

Elisa Lebey

- segun las máximas tuyas,
no se revelan jamás.
- CÁRLOS. Bien dicho... sé reservado
con ellas, que hombre callado
es el que consigue más.
Sin embargo, á mí...
- ALFREDO. Ya sé
que en tí puedo confiar.
- CÁRLOS. Yo soy hombre de fiar
y...
- ALFREDO. Es verdad; me explicaré.
Una tia setentona
que sólo penas me ofrece
y que la estampa parece
de Lucifer en persona,
es quien vive en compañía
de esa niña, y no la deja
hablarme. Al pie de la reja
tengo que estar todo el dia
expuesto á que si álguien pasa
al verme se eche á reir,
y sin poder conseguir
entrar dentro de la casa,
ya ves...
- CÁRLOS. Veo que no vas
por buen camino.
- ALFREDO. ¿Y qué medio
hallar, si por más que asedio?...
Pensando lo encontrarás.
- CÁRLOS. Pensando lo encontrarás.
- ALFREDO. ¿Pensando?... ¡Más que he pensado
no es posible!
- CÁRLOS. ¿Y no te ocurre?...
- ALFREDO. Nada.
- CÁRLOS. Pues, hijo, discurre,
piensa.
- ALFREDO. ¡Estoy desesperado!
¡Nadie en caso igual se halló!
- CÁRLOS. Mal la impaciencia contienes.
- ALFREDO. ¿Y qué hacer? Si tú, que tienes
más experiencia que yo,
quisieras aconsejarme,

- pudiera intentar al ménos.
 CÁRLOS. No; yo en asuntos ajenos
 no quiero nunca mezclarme.
 ALFREDO. Vamos, hombre, por favor.
 CÁRLOS. Tú eres quien debe pensar.
 ALFREDO. Pero si tú has de encontrar
 un medio mucho mejor.
 ¿Por qué no atiende mi ruego?
 CÁRLOS. Ya que te empeñas así,
 lo pensaré, pero á mí
 no me echés la culpa luégo.
 ALFREDO. No temas.
 CÁRLOS. Yo no debía
 mezclarme, mas...
 ALFREDO. ¡Triunfaré!
 CÁRLOS. Á esa niña arrancaré
 de las garras de su tia.
 ALFREDO. Bien dicho.
 CÁRLOS. Conseguirás
 lo que tu pecho desea.
 ALFREDO. ¡Bravo!
 CÁRLOS. Me ocurre una idea.
 ALFREDO. ¿Cuál es? Sepamos.
 CÁRLOS. Verás.
 ALFREDO. Dí!
 CÁRLOS. Burla la vigilancia
 de esa vieja tia.
 ALFREDO. Y bien,
 ¿qué?...
 CÁRLOS. La metes en el tren
 y te vas con ella á Francia.
 ALFREDO. ¿Eh?
 CÁRLOS. ¿No te ama?
 ALFREDO. Sí.
 CÁRLOS. Corriente,
 pues de su cariño en nombre
 se lo suplicas.
 ALFREDO. Pero, hombre...
 ¡Si ella es lo más inocente!
 de serlo ha dado mil pruebas,
 no son estudiadas mañas.

- CÁRLOS. Entónces, chico, la engañas
y engañada te la llevas.
- ALFREDO. ¿Cómo?
- CÁRLOS. Inventas una historia
cualquiera, urdida hábilmente,
ella la cree, consiente,
y aquí paz y despues gloria.
La dices..
- ALFREDO. ¿Qué?
- CÁRLOS. Que su tia
no quiere darte su mano,
por ejemplo, y que es en vano
de tu ruego la porfia;
y por tanto, si desea
casarse, no tiene más
que seguirte y te unirás
con ella.
- ALFREDO. No es mala idea.
Á ponerla en planta voy.
- CÁRLOS. La haces ver, sin asustarla,
qué vas á depositarla
con gran cuidado...
- ALFREDO. Ya estóy.
- CÁRLOS. En la casa de un pariente
de... *otra tia* que te adora;
buscas luégo... una *señora*
que ese papel represente.
- ALFREDO. Y una vez ya la doncella
en mi poder...
- CÁRLOS. ¡Tú prometes
mucho!
- ALFREDO. ¡Tomo los billetes!
- CÁRLOS. ¡Justo y á París con ella!
- ALFREDO. Bien. (Con alegre impaciencia.)
- CÁRLOS. Pero calma y sosiego,
no lo echas todo á perder.
- ALFREDO. Qué dichoso voy á ser
con ella, que todo es fuego,
todo amor, todo inocencia.
- CÁRLOS. Esa alegría se explica.
- ALFREDO. ¡Figúrate tú, una chica

con la propia inexperiencia
de su primera pasion!
¡No me cambio en este instante!
¿En dónde está ese tunante
de Cárlos? (Saliendo.)

RAMON.

CÁRLOS.

¡Mi buen Ramon!

(Pablo, que había salido tras de Ramon,
tira por la puerta del foro.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS.—ALFREDO y RAMON.

RAMON.

¡Un abrazo!

CÁRLOS.

¿Cómo estás?

RAMON.

¡Verte por fin he logrado!
¡Hombre, vienes trasformado!
¡Dáme otro abrazo!

CÁRLOS.

¡Y mil más!

RAMON.

¡Aprieta! la calma pierdo.

CÁRLOS.

Verte aquí me lisongea.

RAMON.

¿Te acuerdas de nuestra aldea?

CÁRLOS.

Ya lo creo que me acuerdo.

RAMON.

¡Qué tiempos! ¡por Belcebú!
Nunca mi mente olvidó...

tú eres más listo que yo,
yo más juicioso que tú.

CÁRLOS.

¿De esas historias añejas
aún los detalles explicas?

RAMON.

Tú gustabas... á las chicas,
yo les gustaba á las viejas.

CÁRLOS.

¡Vaya con Ramon!

ALFREDO.

En vista
de que al volvernos á hallar,
tendreis mucho de que hablar
en la primera entrevista,
solos os dejo á los dos.

RAMON.

Pero... ¿por qué te despides?

ALFREDO.

Volveré pronto.

CÁRLOS.

(Con maliciosa intencion.) No ol.

ALFREDO. No tengas cuidado. Adios.
(Váse por el foro.)

ESCENA IX.

CÁRLOS.—RAMON.

CÁRLOS. ¿Conque te has casado?

RAMON. Sí.

CÁRLOS. ¿Y eres feliz?

RAMON. Ya lo creo.

Nada anhela mi deseo
ni más dicha pretendí.

CÁRLOS. Pues á mí, Ramon, los años
me han dado, en tan larga ausencia,
con su caudal de experiencia
su caudal de desengaños.
Así, pues, no extrañes ver
en mí gravedad tan fría,
huyó de mí la alegría
para nunca más volver.

RAMON. Ya volverá.

CÁRLOS. ¡Lo que es eso!...

RAMON. Casi empiezas á vivir.

¿Pero me quieres decir
la causa de tu regreso
á Madrid?

CÁRLOS. Es muy sencilla;
verte.

RAMON. ¿Y eso te ha movido?...

CÁRLOS. Sólo por eso he venido
á Madrid desde Sevilla.

¡El asunto es grave!

(Acercándose á Ramon y en tono confidencial.)

RAMON. Di;

á servirte yo me obligo.

CÁRLOS. Gracias.

RAMON. Tú eres más que amigo
un hermano para mí.
Habla, pues.

- CÁRLOS. Que oigas formal
permíteme que te exija.
(Breve pausa.)
Ramon... yo tengo una hija.
- RAMON. ¡Eh! ¿Tú una hija? (Con extrañeza.)
- CÁRLOS. Sí tal.
Mi amor en ella he cifrado
pagando así mi tributo.
- RAMON. ¿Y esa niña, será el fruto
de algun amor desgraciado?
- CÁRLOS. Justo. (Con frialdad.)
- RAMON. ¿Y lo dices así?
- CÁRLOS. ¡Pobre!
No nos detengamos
por eso.
- RAMON. Bien; mas sepamos
qué es lo que quieres de mí.
- CÁRLOS. Dispensa si mi porfia
te cansa...
- RAMON. No temas nada.
- CÁRLOS. En una calle apartada
con una pariente mia,
cuyo noble afan sincero
su bien tan sólo ambiciona,
y que es ademas persona
en quien confio y espero,
tengo á la pobre metida
en un viejo caseron,
donde sin más distraccion
oculta pasa la vida.
- RAMON. ¡Infeliz! Sigue.
- CÁRLOS. Hace ya
un año la traje aquí,
despues á Sevilla fui,
y el tiempo que estuve allá
por cierto negocio urgente,
quedó casi abandonada.
¡Ya ves tú que confiada
á una mujer solamente!...
Aún no caigo...
- RAMON. Vas á ver:
- CÁRLOS.

yo, sin poderlo impedir,
tengo á América que ir...

RAMON.

¡Cómo!...

CÁRLOS.

Y podrás comprender
que no he de querer llevarla
conmigo.

RAMON.

Es muy natural.

CÁRLOS.

Y puesto que por mi mal
tengo en Madrid que dejarla,
necesito con urgencia
para marchar descansado,
álguien que vele á su lado
por ella mientras mi ausencia.

RAMON.

¡Ah! (Comprendiendo el deseo de Carlos.)

CÁRLOS.

Yo tengo mil amigos
serviciales y sinceros
de aventuras compañeros
y de mis lances testigos;
mas para un asunto así
recurrir debo á otra parte,
y aun á trueque de cansarte
vengo buscándote á tí.

RAMON.

Has hecho bien.

CÁRLOS.

Eso ya
calma mi ansiedad prolija.

RAMON.

Marcha tranquilo, tu hija
en mi poder quedará.

CÁRLOS.

¡Oh! de tu buen corazón
nunca en mi inquietud dudé.

RAMON.

Yo por ella velaré.

CÁRLOS.

¡Gracias, mil gracias, Ramon!
Yo que en loco devaneo
del mundo entero me río,
que en el amor no confío,
y que en la virtud no creo;
yo que dudando de todo
nunca al deseo resisto...
desde que á esa niña he visto
siento de distinto modo!
Mas tú la conocerás;
ya no tengo que temer;

- ¿verdad que la has de querer?
 ¿verdad que la ampararás?
 ¡Oh! sí, sí! Mi amor profundo
 por tí deshecha su pena!
 ¡vela por ella!... ¡Es tan buena
 y está tan sola en el mundo!
- RAMON. ¿Sola en el mundo? ¿Y su madre?
 ¿No vive ya?
- CÁRLOS. ¡Qué se yo!
 (Dominado un tanto por el remordimiento.)
- RAMON. ¿No sabes ni si murió?
- CÁRLOS. No.
- RAMON. ¿Qué no? ¿Y tú eres padre?
- CÁRLOS. Lo soy.
- RAMON. Pues aunque te aflija,
 lo que tú debes hacer
 es buscar á esa mujer
 y darle madre á tu hija!
- CÁRLOS. ¿Yo?
 (Esforzándose por recobrar su natural esceptismo.)
- RAMON. ¿No intentastes jamás
 buscarla?
- CÁRLOS. No hago memoria.
- RAMON. ¡Cárls! (Reconviniéndole.)
- CÁRLOS. No es rara esta historia,
 sino vulgar por demás.
- RAMON. Dí.
- CÁRLOS. Cuando esas relaciones
 que apenas recordar puedo,
 de un colegio de Toledo
 á pasar las vacaciones,
 salió, llena de placer.
 ¿De Toledo, dices?
- RAMON. Sí.
- CÁRLOS. Conozco un colegio allí
 donde estuvo mi mujer.
- RAMON. Á su casa presentado
 cierto amigo me llevó;
 su anciano padre confió
 en nosotros demasiado
 y el descuido de un instante...

- RAMON. ¿No has averiguado?
 CÁRLOS. No.
 RAMON. ¡Que así tu mal agraves!
 CÁRLOS. Una idea me ocurrió,
 y así salvarme he podido;
 usar un nombre fingido
 con ella.
- RAMON. ¡Qué dices! (¡Oh!!)
 ¡Tu conducta es más que odiosa!
 CÁRLOS. No comprendo ese interés...
 RAMON. ¡Pronto!! ¿ese nombre cuál es?
 Dí.
- CÁRLOS. Fernando de Espinosa.
 RAMON. ¡Fernando!! (Aterrado)
 CÁRLOS. ¡Qué es eso? (Fijándose en él.)
 RAMON. Nada.
 (Esforzándose por dominar su turbacion.)
- CÁRLOS. ¿Tanto ese nombre te inquieta?
 (Con recelo.)
 RAMON. ¡Y el de ella!... ¡el de ella!...
 CÁRLOS. Enriqueta.
 RAMON. ¡Oh!!
 (Cubriéndose la cara con las manos.)
- CÁRLOS. ¿Qué tienes?
 RAMON. (Con reconcentrado dolor.) ¡Desgraciada!
 ¡Y tú!... ¡tú!... ¡cuánta maldad!
 ¡Oh... y estos son esos séres
 esclavos de sus placeres
 que admite la sociedad,
 que á los buenos desampara,
 y á estos infames tolera,
 cuando sin piedad debiera
 escupirles á la cara.
 ¡Ramon!...
- CÁRLOS.
 RAMON. ¡No! si no ha de ser...
 ¡El volcan de mi ira estalla!
 CÁRLOS. ¿Alguien se aproxima... ¡Calla!...
 (Aparece Enriqueta en la puerta de la izquierda.)
 RAMON. ¡Es ya tarde! (Delirante viendo á Enriqueta.)
 Mi mujer!
 (Presentándose la á Carlos.)

ESCENA X.

DICHOS.—ENRIQUETA.

- CÁRLOS. (¡Eh?... ¡cómo?... no es desvarío!!
¡Ella!) (Viéndola.)
- RAMON. (Por qué te estremeces?) (Á Cárlos.)
- ENRIQUETA. ¡Fernando!... (Fijándose en Cárlos.)
(¡Jesús mil veces!)
- RAMON. ¡Aquí la tienes! (Á Cárlos.)
- ENRIQUETA. (¡Dios mío!)
(Esforzándose por aparecer serena.)
- CÁRLOS. ¡Ramon!
- RAMON. ¡No! Si no has de hablar!
- CÁRLOS. ¡Enriqueta!
- RAMON. ¡Esa es mi esposa!
(Presentándola á Cárlos.)
¡Don Fernando de Espinosa
hoy don Cárlos de Aguilar!
(Representese este cuadro con toda la expresion
que se reclama, aunque sin exageraciones me-
lodramáticas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante en casa de Carlos. Puerta al foro y laterales, con colgaduras corridas.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, despues ALFREDO, por el foro.

- CÁRLOS. ¡Quién había de pensar
(Pensativo, sentado en una butaca, al lado de un velador con libros, periódicos, etc.)
que Ramon llegara á ser
su marido!... Coincidencia
más extraña no se ve. (Breve pausa.)
¡Ramon... mi amigo querido,
mi hermano de la niñez!
(Hojeando un libro.)
Mas no pensemos en eso,
dejemos al tiempo hacer,
que al fin la fatalidad
es inquebrantable ley. (Se pone á leer.)
(Alfredo entra muy preocupado por la puerta del foro, y sin saludar á Carlos va á sentarse en la butaca al lado opuesto. Pausa.)
- CÁRLOS. ¿Sopla mal viento?
(En tono de burla contemplando el abatimiento de Alfredo.)
- ALFREDO. (Serio.) Muy malo.

- CÁRLOS. Pues deja que truene. (Pausa.) ¡Á quién
(Riéndose de la seriedad de Alfredo.)
has comprado hoy esa cara
de virgen y mártir!...
- ALFREDO. ¡Pues!
búrlate tú ahora de mí
cuando estoy con el cordel
al cuello!
- CÁRLOS. Pues hijo, aprieta
y sal de penas.
- ALFREDO. Amen.
- CÁRLOS. Te ahogas en un vaso de agua.
- ALFREDO. Pues nado.
- CÁRLOS. Sí, como un pez
de plomo. Ten pecho ancho
como yo. Vamos á ver,
¿qué te ha pasado?
- ALFREDO. ¿Qué? ¡Nada!
VÍ á esa niña, la conté
la historia que tú dijiste;
la referí... aquel belén
de la tia, y ella... es claro!
- CÁRLOS. ¿Está decidida?
- ALFREDO. ¡Pues!
decidida... á no seguirme.
- CÁRLOS. ¡Já, já!
- ALFREDO. Pues hombre... está bien;
¿y te ries?
- CÁRLOS. ¡Ya lo creo!
- ALFREDO. No me queda más que ver.
Tú tienes la culpa.
- CÁRLOS. ¿Yo? (Riéndose.)
- ALFREDO. Sí señor.
- CÁRLOS. No sé por qué.
- ALFREDO. Pues yo sí. Tú me dijiste
que no había que temer.
- CÁRLOS. Y me sostengo en lo dicho,
sólo que yo no conté
con tu torpeza. Estarías
como un doctrino novel.
- ALFREDO. ¿Doctrino?... Ni Torquemada

dió más chispas que yo ayer.
La hablé de mi amor eterno,
de mi ventura la hablé;
la dije que iba á casarme
con ella; que es la mujer
única que yo he querido;
que es un ángel, que no sé
cómo un amor tan inmenso
puede en mi pecho caber.
Pero chico, todo inútil,
por más que hice no logré
convencerla. Respondía
á todo que ella también
me amaba, que á mi pasión
sabía corresponder,
pero respecto á... largarse,
nequaquam.

- CÁRLOS. ¡Qué insensatez!
hablar en lengua española
de *casaca* á una mujer,
y no responder, «andando,
lévame aunque sea á Argel.»...
¡Es un caso raro!
- ALFREDO. Es cierto,
y tan raro.
- CÁRLOS. En fin, yo haré
que capitule: pensemos
otro medio.
- ALFREDO. Dices bien.
- CÁRLOS. Virtudes tan invencibles
venci yo más de una vez.
- ALFREDO. ¡Ay! ¡quién fuera Julio César!
- CÁRLOS. ¡Me ocurre una idea!
- ALFREDO. ¡Á ver!
- CÁRLOS. Es necesario para esto
otro tío.
- ALFREDO. ¡Y ya van tres!
Pero no importa, una escuadra
de tíos reuniré
si es preciso.
- CÁRLOS. Tú me has dicho

que esa niña...

ALFREDO. ¡Un ángel es!

CÁRLOS. Justo, un ángel... tonto.

ALFREDO. ¡Hombre!

CÁRLOS. ¡Inocente!

ALFREDO. ¡Ah!

CÁRLOS. Viene á ser
lo mismo. Pues bien, si es cierto
que es tanta su candidez,
aún la puedes... ablandar.

ALFREDO. ¿Cómo?

CÁRLOS. La hacemos creer
que has recibido una carta
de este otro tío.

ALFREDO. ¿De quién?

CÁRLOS. ¡Del nuevo!

ALFREDO. Bien, adelante.

CÁRLOS. Este te puede poner
en la carta que protege
tus amores. Un papel
escrito, aunque sea de estraza,
tiene para la mujer
un encanto irresistible
aunque inexplicable.

ALFREDO. ¿Y qué?

CÁRLOS. Dice el tío en él, que si ella
tu ventura puede hacer,
y que si quieres casarte
antes que se acabe el mes,
porque, según tú le has dicho,
esa niña... imágen fiel
es de un ángel celestial
que ha venido de... Belen.

ALFREDO. ¿Cómo?

CÁRLOS. Sí, que él te apadrina,
y en fin, que en vista de que
la tía que la aprisiona
es una arpía cruel
que no quiere que se case,
es fuerza que sin perder
tiempo la llesves á casa

- de su hermana...
- ALFREDO. Sí, ya sé...
- CÁRLOS. Hermana que es la otra tia de que tratamos ayer.
- ALFREDO. ¿Qué tia? ¡ah, ya! la que tengo preparada! La dejé en una fonda esperándome.
- CÁRLOS. Ella la epístola ve...
- ALFREDO. ¿Quién?
- CÁRLOS. ¡La chica!
- ALFREDO. ¡Ah!
- CÁRLOS. Me parece que el que viene de Belen vas á ser tú.
- ALFREDO. No lo creas. Ya el lío desenredé y voy á ponerlo en práctica.
- CÁRLOS. Ahí tienes pluma y papel.
- ALFREDO. Empiezo. «Querido Alfredo.» Pero, señor... (Disponiéndose á escribir.)
¿qué iba á hacer?
¡Si ella conoce mi letra!
Si quisieras tú...
¡Yo! ¿qué?
- CÁRLOS. Escribirmela.
- CÁRLOS. Pero, hombre...
- ALFREDO. ¿Qué ménos puedes hacer por un amigo?
- CÁRLOS. No tengo hoy buen humor.
- ALFREDO. Mas ¿por qué?
- CÁRLOS. Por nada: estoy preocupado.
- ALFREDO. Vamos, hombre.
- CÁRLOS. Dices bien. Me conviene distraerme y he de lograrlo tal vez de ese modo: me conformo; trae, yo el tío seré. (Levantándose.)
¡Ay, tío del alma mia! (Abrazándole.)
- CÁRLOS. Bien; deja para despues esos arranques nerviosos

- de familia.
- ALFREDO. ¡Triunfaré!
- CÁRLOS. «Querido sobrino Alfredo.» (Escribiendo.)
- ALFREDO. ¡Hombre? (Interrumpiéndole.)
- CÁRLOS. ¡Qué es eso?
- ALFREDO. ¡Por qué
—y es más enérgico—no me haces
tu hijo?
- CÁRLOS. Por no tener
nietos.
- ALFREDO. Bueno; me conformo
con ser tu sobrino.
- CÁRLOS. «Sé
»que la jóven de que hablamos
»hace poco más de un mes
»te quiere.»
- ALFREDO. No es mal principio.
- CÁRLOS. «Sé que tú la amas también;
»y sé, por último...»
- ALFREDO. Mira,
pues no dejas de saber.
- CÁRLOS. «Que la tía de esa jóven
»vuestro amor rechaza.»
- ALFREDO. ¡Eso es!
- CÁRLOS. «Así pues sí, como dices,
»en que sea tu mujer
»te empeñas, puedes traerla
»y depositarla...»
- ALFREDO. ¡Bien!
- CÁRLOS. «En la casa de mi hermana,
»que la espera, y yo seré
»vuestro padrino de boda.»
¡Qué te parece, está bien?
- ALFREDO. ¡Admirablemente! firma.
- CÁRLOS. «Tu querido tío.» (Firmando.)
- ALFREDO. (Tomando la carta.) ¡Eso es!
Al punto voy á su casa,
la leo en un dos por tres
la carta, cede al momento,
se la va conmigo un pie,
es decir, huimos y...

(Abrazándole.) ¡Ay, Cárlos,
qué feliz que voy á ser!
(Se dirige hácia la puerta y vuelve; Cárlos se
rie contemplando con calma su aturdimiento.)
¡Ah! tu coche está en la puerta;
si me lo cedas iré...

CÁRLOS. Sí, hombre.

ALFREDO. ¡Gracias! cónque, chico,
si no vuelvo, hasta otra vez.

CÁRLOS. Buena suerte.—¡Ah! no te lleves
con ella el coche tambien.

ALFREDO. Adios, tio.

CÁRLOS. Adios, sobrino.

Que engordes.

ALFREDO. Ya escribiré.

(Váse por el foro.)

ESCENA II.

CÁRLOS, después un CRIADO, por el foro.

CÁRLOS. ¡Pobre chico! ¡qué aturdido!
No conseguirá tal vez
lo que busca, pero al ménos
yo me divierto con él.
Con el tiempo hará fortuna.
Mucho aún le falta correr
por este pícaro mundo,
que al brindarnos el placer
deja en el fondo del alma
las ansias de la embriaguez.
(Queda pensativo.)

CRIADO. Señor... (Entrando.)

CÁRLOS. ¿Qué hay?

CRIADO. Una señora
que pregunta por usted.

CÁRLOS. ¿No ha dicho su nombre?

CRIADO. No.

CÁRLOS. ¿Y tú no sabes quién es?

CRIADO. No la conozco.
 CÁRLOS. Que pase. (Váse el Criado.)
 ¿Quién podrá venirme á ver
 á estas horas? ¡no calculo!
 ¡Con eso me distraeré!

ESCENA III.

CÁRLOS.—ENRIQUETA y el CRIADO, que despues
 de entrar se retira por el foro.

CÁRLOS. ¡Enriqueta! ¿usted aquí?
 (Sorprendido al reconocer á Enriqueta, que a
 salir el criado se levanta el velo.)

ENRIQUETA. Yo soy. (La emocion me vende.)
 Si mi presencia le ofende,
 mi deber lo manda así.
 En él tan sólo me fundo
 al dar este paso extremo,
 y ante mi deber no temo
 lo que decir quiera el mundo.

CÁRLOS. ¡Señora!...

ENRIQUETA. Sé que Ramon,
 por lo que he podido oírle,
 hoy mismo vendrá á pedirle
 de todo una explicacion.

CÁRLOS. Hará muy mal; no es á mí
 á quien exigirla debe.

ENRIQUETA. ¡Lo hará! (Con seguridad.)

CÁRLOS. Si á tanto se atreve...
 por él lo sentiré.

ENRIQUETA. (Con triste ironía.) ¡Así
 lo creo! y usted... ofendido
 y cumpliendo como bueno,
 la cuestion á otro terreno
 querrá llevar decidido,
 donde pueda su pericia
 demostrarle con firmeza
 dónde triunfa la destreza
 y no triunfa la justicia!

Por tanto á verle he venido,
aunque eso me compromete,
á pedirle... que respete
la vida de mi marido.

CÁRLOS. Señora... asunto tan grave
sólo él le puede evitar.

ENRIQUETA. ¡Usted sabe manejar
las armas; Ramon no sabe!

CÁRLOS. ¡Si él no me obliga!

ENRIQUETA. (Ofendida.) ¡Y así
contesta!

CÁRLOS. ¡Á mi honor soy fiel!

¡Yo no he de buscarle á él,
que no me busque él á mí!

ENRIQUETA. ¡Oh!

CÁRLOS. Para ofenderse ahora
ningun agravio le he hecho.

ENRIQUETA. ¡Y yo no tengo derecho
para exigirlo!

CÁRLOS. Señora...

ENRIQUETA. ¡Ya sé que su obstinacion
por esto no cederá,
y que mi voz no podrá
llegar á su corazon!

CÁRLOS. Si usted no escucha con calma...

ENRIQUETA. ¡Ya sé que le ruego en vano!
¡que mi dolor, inhumano,
no ha de comprender su alma!

CÁRLOS. ¡Enriqueta!

ENRIQUETA. Y pensé yo...
ver mi súplica atendida!
¡Qué pronto su mente olvida
deudas que nunca pagó!
Hoy de su vida la senda
feliz cruza en su alegría,
pero al fin llegará un día
en que su crimen comprenda,
y causarán su tormento
esos lazos que hoy le oprimen...
¡que allí donde acaba el crimen
empieza el remordimiento!

- CÁRLOS. ¡Yo deploro lo pasado!
- ENRIQUETA. ¡Su proceder le desmiente! •
 ¿Por qué paga el inocente
 los delitos del culpado?
- CÁRLOS. ¡No piense usted de ese modo!
 yo obré muy mal: no lo niego;
 pero de mi amor el fuego
 hízome olvidar todo!
 Aunque hoy mi audacia le asombra
 mi amor disculpa mi error.
- ENRIQUETA. ¡Oh!... calle usted!... ¡no es amor
 el que asesina en la sombra!
 Ese amor que no da calma
 en su eterno desvarío,
 que esclaviza el albedrío
 y que purifica el alma;
 ese encantador solaz
 que explicar nadie ha podido,
 no es el deseo escondido
 bajo un villano disfraz!
 ¡Es más sublime su anhelo!
 ¡es más puro y más honrado!
 mira en el objeto amado
 las perfecciones del cielo!
 De él solo vida recibe
 y adora aunque nada espere,
 no la materia que muere,
 el alma que siempre vive!
 ¡Mas me exalto! (Transición.) ¡qué locura!
 ¡Mi falta humilde confieso!
 usted ya... ¡qué entiende de eso?
 qué sabe usted de amargura
 si jamás en su inquietud
 sintió su dardo traidor!...
 ¡qué es para usted el amor,
 la honradez y la virtud!
 ¡Nada! ¡Si yo en eso creo
 en mi propio mal me fundo!
 ¡Para usted en este mundo
 no hay más ley que su deseo!
- CÁRLOS. ¡No me juzgue usted así!

está usted en un error:
¿piensa acaso que el amor
nunca en mi pecho sentí?
¡Yo de él mi dicha esperé!
yo confié en las mujeres,
no miserables placeres...
¡amor en ellas busqué!
Y en vano mi loco anhelo,
en su entusiasmo infecundo
encontrar quiso en el mundo
ese amor hijo del cielo,
y encanto del corazón
que en mi mente imaginé!...
En el mundo sólo hallé
el engaño y la traición!
Mujeres mis ojos vieron
cual mis ilusiones bellas!
Les hablé de amor... y ellas
ese amor no comprendieron!
Se mofaron al oírme
solo porque las amé!
y desde entonces busqué
placeres en que aturdirme!
Comprendió su desvarío
aunque tarde mi razón,
y se trocó mi ilusión
en desengaño y hastío!
En medio de tanto ciego
la encontré á usted de repente,
y fué víctima inocente
de mi torpe desenfreno!
Mi falta no ocultaré;
sólo quiero atenuarla,
la ví á usted y al encontrarla
como á todas la juzgué!
En aquel tenaz delirio
reflexionar no podía;
en mi corazón sentía
un afán que era un martirio!
Y al contemplar su hermosura
cegó un vértigo mi pecho!...

- lo que empezó por despecho
acabó luégo en locura!
- ENRIQUETA. ¡Oh!
- CÁRLOS. ¡Si corrí al precipicio.
—y aún confesarlo me pesa—
no tuve la culpa!
- ENRIQUETA. ¡Ésa
es la lógica del vicio!
- CÁRLOS. ¡Del delirio en el exceso
nada pensé, nada ví!
- ENRIQUETA. Bien, bien; no he venido aquí
á que tratemos de eso;
distinto mi objeto fué.
- CÁRLOS. Usted pretende de mí
que evite ese duelo.
- ENRIQUETA. Sí.
- CÁRLOS. Cuanto esté en mi mano haré.
- ENRIQUETA. Gracias; siendo de este modo
marchar puedo descansada.
- CÁRLOS. Mi palabra está empeñada.
Sufrir la prometo todo
cuanto posible me sea.
- ENRIQUETA. Gracias... y adios.
- CÁRLOS. Si no quiere
que sepan esto, y prefiere
que al irse nadie la vea,
esa puerta que está ahí
da al jardín.
(Señalando una puerta interior á la izquierda.)
- ENRIQUETA. Saldré por ella:
adios...
- CÁRLOS. Señora.. (Es tan bella
como su hija!)
- ENRIQUETA. (Dirigiéndose á la puerta.) (¡Ay de mí!)
- CÁRLOS. (¡Siento verla padecer!)
- CRÍADO. (Desde la puerta del foro.)
Don Ramon de Salazar.
(Enriqueta se vuelve hácia Carlos sin separarse
de la puerta, al oír el nombre de Ramon.)
- CÁRLOS. Tranquila puede marchar;
sé lo que me toca hacer!

(Váse Enriqueta por la izquierda.)

ESCENA IV.

CÁRLOS, el CRIADO, despues RAMON.

- CÁRLOS. Que pase ese caballero. (Váse el-Criado.)
Reprimirse es conveniente,
le prometí ser prudente,
y cumplir mi oferta quiero.
Mas si él altivo me incita
yo le sabré contener.
- RAMON. (Entra por el foro.)
Despues del lance de ayer
no extrañarás mi visita.
- CÁRLOS. ¿Yo? no tal, de ningun modo.
- RAMON. Bien hiciste en presumir
que te vendría á pedir
una explicacion de todo.
Cuanto ayer tu voz me dijo,
que ahora me expliques espero.
- CÁRLOS. ¿Á eso vienes?
- RAMON. Eso quiero;
y si no basta lo exijo!
- CÁRLOS. Haces mal en exigir.
Bastante te dije ayer;
ni más debes tú saber,
ni más te debo decir.
- RAMON. ¡Cárls! esa explicacion. (Reprimiéndose.)
- CÁRLOS. Á tu afan no me acomodo.
- RAMON. ¡Cuéntamelo todo! todo!
¡Yo te lo mando! (Con imperio.)
- CÁRLOS. ¡Ramon! (Dominándose.)
- RAMON. ¡No!... Si al cabo lo dirás
aunque decirlo te aflija!...
¿Dónde tienes á tu hija?
- CÁRLOS. ¡Eso... nunca lo sabrás!
nunca!
- RAMON. Si lo has de decir

- aun de tu afán á despecho.
 CÁRLOS. ¿Decirlo?... ¿con qué derecho
 me lo vienes á exigir?
 ¿En algo yo te he faltado?
 ¿Por qué pues eso te inquieta?
 ¿Al casarte, de Enriqueta
 no sabías el pasado?
 RAMON. ¡Mas tú la engañaste!
 CÁRLOS. ¡Yo!
 RAMON. Sí; con torpe proceder
 la hiciste luego creer
 que aquella niña murió.
 CÁRLOS. Bien; no hablemos de ello más!
 RAMON. ¡Eso tu razón desea!
 es preciso que ella sea
 tu tormento! Yo quizás
 exigirte no podré
 cumplida satisfacción...
 mas puedo tu infame acción
 castigar y así lo haré.
 (Con sentida expresión.)
 Mi existencia... venturosa
 hace poco transcurría
 y alegre y feliz vivía
 con mi amor junto á mi esposa!
 ¡Tú de mi hogar has turbado
 la dulce felicidad!
 ¡Tú manchaste sin piedad
 de Enriqueta el nombre honrado,
 y yo el resultado toco
 de tu conducta rastrera!
 ¡De un hombre dichoso que era
 no soy más que un pobre loco!
 (Con creciente exaltación.)
 Y un loco en nada repara,
 no piensa en su mal, lo siente!
 y al que le hiere inclemente
 graba la infamia en su cara.
 CÁRLOS. ¡Mucho con mi calma cuentas!
 (Refrenando su ira.)
 RAMON. ¡Ver á tu hija necesito!
 ella sabrá tu delito!

- CÁRLOS. ¡Mira lo que hacer intentas!
- RAMON. ¡Sin tregua la buscaré
y la he de hallar. ¿Por qué no?
- CÁRLOS. ¡Jamás mientras viva yo!
- RAMON. ¡Jamás?... yo la encontraré.
- CÁRLOS. ¡Ramon!... mira mi prudencia!
- RAMON. ¡Todo tu hija lo sabrá!
- CÁRLOS. ¡No es posible!
- RAMON. ¡Ella será
el grito de tu conciencia!
Tu maldad la haré saber,
la contaré lo que has hecho;
la diré que en ese pecho
no puede el amor caber!
¡Que tu conducta es infame!
¡que nada tu vida altera!
¡que no mereces si quiera
el que ella «padre» te llame!
¡Y rotos tan dulces lazos
te matará su desvío!
¡Verás el mundo vacío!
¡Te faltarán sus abrazos!
Nada tu amor calmará
de tus faltas en tributo;
ella, de tu crimen fruto,
tu crimen maldecirá.
¡Y amargando tu existencia,
como perenne tormento,
tu eterno remordimiento
será el juez de tu conciencia!
¡Ya verás cómo eso vence
tu altivez y tu energía
cuando al cabo llegue el día
en que de tí se avergüence!
- CÁRLOS. ¡Oh... Ramon! (Refrenándose con vivo dolor.)
- RAMON. ¡Lástima abrigo
de tí... cuando en ello pienso!
tu crimen ha sido inmenso,
mayor será tu castigo!
- CÁRLOS. ¡Calla!!
- RAMON. ¡Y odiado serás

por ella!
 CÁRLOS. ¡Yo por mi hija!! (Con horror.)
 RAMON. Aunque tu pecho lo exija.
 CÁRLOS. ¡Oh! basta!
 (Dando suelta á su dolor comprimido.)
 basta! no más!

¡Imagina tu ilusion
 que has de lograr tu deseo!...
 ¡Si cuando lo pienso creo
 que me falta la razon!
 (Reconcentrando su pensamiento.)
 ¡No encontrar su amor profundo
 al calor de sus abrazos!
 ¡ver rotos aquellos lazos,
 únicos que amo en el mundo!
 ¡Pudiera yo resignarme
 á sufrir ese desvio!...
 ¡Su amor!... ¡el tesoro mio!...
 ¡intentas arrebatar-me!
 ¡El sólo mi dicha labra
 y tú quitármelo esperas!...
 ¡Ay de tí si te atrevieras (Con delirio.)
 á decirle una palabra!

RAMON. ¡Lo dudas!
 CÁRLOS. ¡Lo dudo, sí!

Basta ya... me has insultado
 y he sufrido resignado
 esos ultrajes aquí.
 En silencio los he oido
 de mi rencor á despecho,
 aunque no tienes derecho
 para mostrarte ofendido,
 mas por eso... en tu querella...
 cumplir tu oferta no esperes.
 ¡Maldíceme á mí si quieres!

RAMON. ¡pero, ay, si buscas á ella!
 Sí: tan sólo de ese modo
 encuentro satisfaccion...

CÁRLOS. Repara...

RAMON. Sin dilacion
 la buscaré... y todo, todo

la diré sin vacilar.
 CÁRLOS. ¡No pienses hallarla!
 RAMON. Sí,
 ¿no he de pensarlo! ¡Ay de tí
 como la llegue á encontrar!
 (Váse por el foro.)

ESCENA V.

CÁRLOS, despues ALFREDO.

CÁRLOS. ¡Esa amenaza, no hay duda!...
 ¡Él ya tiene algun indicio
 del paradero de mi hija
 cuando así asegura!... ¡Un sitio
 seguro yo buscaré
 donde ocultarla!
 (Al dirigirse hácia el foro le detiene Alfredo,
 que sale por la segunda puerta de la derecha.)

ALFREDO. ¡Oye, chico!

CÁRLOS. ¡Déjame; no puedo ahora
 perder el tiempo!

ALFREDO. Es preciso
 que me escuches.

CÁRLOS. (Con impaciencia.) Pues dí pronto,
 vamos, habla.

ALFREDO. Es muy sencillo.
 ¡La carta que me escribistes
 hizo un efecto magnífico!

CÁRLOS. ¿Y qué?

ALFREDO. ¿Qué? Que tengo ahí
 á esa jóven.

CÁRLOS. ¡La has traído
 á mi casa!

ALFREDO. Me dió pena
 llevarla á que un basilisco
 tenga por tia.

CÁRLOS. ¿Qué has hecho?

ALFREDO. ¡No... no quiero compromisos!
 ¡Hombre, llevar una niña
 de tan bellos atractivos

con una... mujer así!
La verdad, no me he atrevido.
CARLOS. ¿Y dónde está?
ALFREDO. Allí. Verás.
(Señalando al gabinete de la derecha.)
Por la puerta del pasillo
que conduce á la escalera
á ese cuarto la he traído.
CARLOS. ¡No! pues llévatela al punto.
ALFREDO. ¡Mira que es un compromiso
para mí! ¿dónde la llevo?
Saldremos de aquí á las cinco,
te lo prometo. ¡Ya ves
que esa tia!...
CARLOS. No transijo.
Yo no puedo detenerme;
un asunto importantísimo
me reclama. Cuando vuelva
que no esté ya en este sitio.
(Váse por el foro.)

ESCENA VI.

ALFREDO.

¡No... pues yo no me la llevo!
¡La tia es un cocodrilo!
¡qué!... si no es mujer siquiera.
¡Eh! ¡nada! aquí la he traído
(Con resolucion.)
y aquí se queda hasta tanto
que llegue el momento crítico
de salir el tren. Ahora
voy á arreglar lo preciso
para el viaje. En dos saltos
voy y vengo; andemos listos.
¡Emilia!... (Llamándola desde la puerta.)
EMILIA. (Dentro.) Voy.
ALFREDO. ¡Es divina!
¿Cómo saldré de este lío?

ESCENA VII.

ALFREDO, EMILIA.

- EMILIA. ¿Me llamabas? (Desde la puerta.)
 ALFREDO. ¡Ven aquí!
 ¡que estés junto á mí deseo!
- EMILIA. ¡Gracias á Dios que te veo!
 Me has tenido sola ahí
 un siglo.
- ALFREDO. (Cuando la escucho
 siento portarme tan mal.)
- EMILIA. ¿Qué tienes? (Notando que está pensativo.)
 ALFREDO. Nada. (Disimulando.)
 EMILIA. Sí tal.
- ALFREDO. ¿Yo!... no!
 EMILIA. ¡Dí: me quieres mucho?
 (Con cariñosa inocencia.)
- ALFREDO. ¿No he de quererte, alma mia!
 Es mi pasión tan sincera
 que aunque amarte más quisiera
 amarte más no podría.
- EMILIA. ¿De veras, Alfredo!
- ALFREDO. ¡Enojos
 me da tu pregunta loca!
 ¿No te lo dijo mi boca?
 ¿no lo leiste en mis ojos?
 ¡De tí la dicha recibo!
- EMILIA. ¡Así te amo yo también!
- ALFREDO. ¡Tú eres mi gloria y mi bien!
 ¡por tí solamente vivo!
 ¡que tus miradas hermosas
 vida me dan con su encanto!
- EMILIA. ¡Ay... sigue! ¡me gusta tanto
 que me digas esas cosas!
- ALFREDO. ¡Niña mia!
- EMILIA. ¡Siempre así
 quiero que tu voz me llame!
- ALFREDO. (Nada... que soy un infame

- cuando la engaño.)
- EMILIA. Por tí
nunca calmadas se ven
mis penas! ¡Cuánto he llorado!
¡Tiembo si estás á mi lado
y si te marchas tambien!
Y aunque amarte sin cesar
me causa tanta agonía,
te quiero más cada dia
sin poderlo remediar.
- ALFREDO. Yo pago tanta pasion.
- EMILIA. ¡De tí mi ventura espero!
- ALFREDO. (¡Pero hombre!... ¡y es que la quiero
con todo mi corazon!)
- EMILIA. ¡Qué piensas?
- ALFREDO. ¡Nada! (Preocupado.)
- EMILIA. ¡Creía!...
- Mira, hemos hecho muy mal
en escaparnos!
- ALFREDO. No tal.
- EMILIA. ¡Cuando lo sepa mi tia!
- ALFREDO. ¡Bah!... Conque espérame aquí.
- EMILIA. ¿Qué... te marchas?
(Con temor deteniéndole.)
- ALFREDO. Sí. (¡Otro lío!)
- Voy á avisar á mi tío
para que venga.
- EMILIA. (Con alegría.) ¡Ay... Sí, sí!
Todo se lo explicarás.
(Y lo dice con un mimo...)
- ALFREDO. ¿Tú sabes que eres mi primo?
- EMILIA. ¿Tu primo? ¡cá... mucho más!
- ALFREDO. ¿De veras! (Con seguridad.)
- EMILIA. ¡Yo primo tuyo!
- ALFREDO. ¡Así la carta lo explica!
(¡De qué sacará esta chica
que yo soy pariente suyo?)
¡Conque adios!
- EMILIA. Pero si es
que tambien decirte quiero...
- ALFREDO. ¡Ahora no!

EMILIA. Pero...
 ALFREDO. Prefiero
 que me lo digas despues.
 EMILIA. ¡Es que si yo decidida
 he accedido á tus extremos,
 es porque...
 ALFREDO. ¡Bien, ya hablaremos!
 EMILIA. ¡Pero oye...
 ALFREDO. Vuelvo en seguida.
 (Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

EMILIA, despues ENRIQUETA por la izquierda.

EMILIA. ¡Escucha... se va! ¡no hay duda,
 dar no he debido este paso!
 ¡Pero á qué temer? ¡Acaso
 esta carta no me escuda?
 (Sacándola del bolsillo.)
 ¡Quién había de decir
 que Alfredo era primo mio!
 ¡Justo... mi padre es su tio!
 ¡Cómo no me quiso oír!
 Pero me alegre! mejor!
 me callaré! no me pesa!
 así luego su sorpresa
 al verle será mayor!
 ¡No conocer á mi tia
 ni á mi primo! Ya se ve...
 siempre encerrada! ¡No sé
 por qué esta tenaz porfia
 de mi padre!... ¡Y yo! está claro!
 le hablaba con tanto mimo...
 por eso! porque es mi primo!
 y entre primos... no es tan raro
 quererse bien! Fuera miedo!
 (Animándose.)
 Aquí mi padre vendrá
 y todo se aclarará.

«Querido sobrino Alfredo...»

(Leyendo la carta. Sigue leyendo junto al velador de la derecha. Enriqueta aparece en la izquierda sin ver á Emilia hasta que lo marca el diálogo.)

ENRIQUETA. (Saliendo.) ¡No hay nadie! Silencio al fin Escuchar no logré nada.

¡Me habrán visto? Hallé cerrada la salida del jardín y he tenido que volver.

En tí tan sólo confío!

¿Qué habrá pasado, Dios mío?

¡Eh! ¿Qué veo? una mujer!

EMILIA ¡Dale! Pues no tengo miedo.

(Sin ver á Enriqueta.)

Esta carta no me anima?...

ENRIQUETA. (¡Qué dice!)

EMILIA. ¡No soy su prima!

¿Quién? ¡Ah!

(Volviéndose y viendo á Enriqueta.)

(La tia de Alfredo.)

ENRIQUETA. (¡Pobre niña!)

EMILIA. (Yo creí

que al verme me abrazaría!

¡Ay! qué sería que es tu tia!

apenas se fija en mí.)

Señora...

ENRIQUETA. (¡Turbada está!)

EMILIA. Aquí estoy porque él... y yo...

¿acaso no le contó? (Con aturdimiento.)

ENRIQUETA. ¿Quién?

EMILIA. Él!

ENRIQUETA. Él!

EMILIA. (¡Si no sabrá!...)

ENRIQUETA. (Otra víctima inmolada!

¡Niña infeliz! ¿Por qué escrito

no está en la cara el delito?)

EMILIA. ¿Cómo?... ¿No está usted enterada?

(Con rubor.)

ENRIQUETA. ¿Yo? (Con extrañeza.)

EMILIA. ¡Sí tal!

ENRIQUETA. No sé de qué!

- EMILIA. ¡Si él me lo ha jurado así!
- ENRIQUETA. ¿Por quién ha venido aquí?
- EMILIA. ¿Por él... ¡No lo sabe usted!
¡Dice que ciego me adora!
- ENRIQUETA. ¡Oh! (Con lástima.)
- EMILIA. ¿Qué?
- ENRIQUETA. Nada. (No debía
dudar.) Siga usted, hija mía.
- EMILIA. ¡Si estoy temblando, señora!
- ENRIQUETA. Confíe en mí.
(Atrayéndola con cariñosa compasión.)
- EMILIA. Amarme jura:
casarse conmigo intenta
porque mi amor, según cuenta,
labra toda su ventura.
Pidió á mi tía mi mano
que sin piedad le negó,
ella nada me contó
de este asunto, pero en vano,
por él lo supe.
- ENRIQUETA. Adelante.
- ENRIQUETA. Prosiga usted.
- EMILIA. Pues en vista
de que en aquella entrevista
salir no pudo triunfante,
me dijo que si quería
con él mi suerte enlazar,
él me podía llevar
á la casa de su tía,
en donde á tanta amargura
fin lográsemos poner.
- ENRIQUETA. ¡Oh! qué infamia iban á hacer
con esta pobre criatura!
¡Todo lo comprendo ahora!
desgraciada!
- EMILIA. (¿Qué le ha dado?)
- ENRIQUETA. Pero usted ¿no vive al lado
de alguien?
- EMILIA. ¿Quién, yo? Si señora,
con mi tía! pero yo...
temí...

ENRIQUETA. ¿No tiene usted madre?

EMILIA. No tal, sólo tengo padre:
¡mi pobre madre murió!
yo nunca la conocí! (Con sentimiento.)
¡Oh! ¡cuánto la hubiera amado!
(Emilia enjuga una lágrima.)

ENRIQUETA. ¡Si ella viviese á su lado
no estaría usted aquí!
¿Mas su padre?...

EMILIA. Como está
siempre con tanto negocio,
cuando tiene un rato de ocio
solamente á verme va.
¡Y es natural... está ahora
el pobre tan ocupado!

ENRIQUETA. ¿Cómo? ¿no vive á su lado?

EMILIA. ¿Á mi lado! no señora.
Y si al empeño accedí
de él, ha sido porque yo...

ENRIQUETA. Usted, niña, no debió
irse con un hombre así.
Y aunque hoy á su afán no cuadre
usted debe arrepentida
exigirle que en seguida
la lleve á usted con su padre.

EMILIA. ¡Es verdad! Ahora me aflijo,
y que hice muy mal sospecho:
mas mire usted, si lo he hecho
fué porque él mismo me dijo
que nuestro amor protegía
su tío.

ENRIQUETA. ¿Y usted creyó?...

EMILIA. Una carta me enseñó
que de él recibido había
y en la que de eso le hablaba.
Yo la letra conocí,
y que era mi padre ví
quien eso le aconsejaba.

ENRIQUETA. ¡Su padre de usted! (Con extrañeza.)

EMILIA. De él era
la carta que me enseñó...

ENRIQUETA. ¡Oh! qué infamia!

EMILIA. Entónces yo
¿qué quería usted que hiciera?
Me vine con él!

ENRIQUETA. (¡Dios mio!)

EMILIA. Mi padre así lo decía,
sólo que yo no sabía
que era mi padre su tío!

ENRIQUETA. (¡Infeliz!... ¡qué infcua red!)

EMILIA. Ya ve usted que de ese modo...

ENRIQUETA. Sí, ya sé... pero ante todo,
¿quién es su padre de usted?

EMILIA. ¿Mi padre?... ¡Ah! vea usted aquí
su retrato.

(Se quita del pecho un alfiler-medallon con el retrato de Carlos. Le abre y se lo presenta á Enriqueta, que al verle comprime un grito desgarrador.)

ENRIQUETA. ¿Qué! (¡Dios mio!!)

EMILIA. ¡Es él!... sí!

(Emilia sin soltar el medallon se fija con alegría en el retrato que, con filial cariño, besa repetidas veces, dejando así más libre la acción de Enriqueta para expresar la lucha de sentimientos, sin que Emilia se aperciba de la situación en que se halla.)

ENRIQUETA. (¿No es desvario!)

¿Ese retrato?...

EMILIA. Sí, sí!

Es mi padre.

ENRIQUETA. (¡Él!)

EMILIA. ¡Sí, lo es!

ENRIQUETA. (¡Mi hija! ¡Ay!) (Vacilando.)

EMILIA. Verle me recrea.

(Acercándose rápidamente á sostener á Enriqueta.)

¡Ah!... qué es eso?

ENRIQUETA. (Abrazándola.) (Ay!... que lo sea
aunque yo muera despues!)

Pero ¿quién te trajo aquí?...

EMILIA. Alfredo.

ENRIQUETA. ¿Alfredo?

- EMILIA. Sí tal.
- ENRIQUETA. (¡Qué trama tan infernal!)
(¡Me vuelvo loca!... Ay de mí!)
- EMILIA. ¡Conque ya recuerda usted?...
- ENRIQUETA. Sí. (¡Con mil ideas lucho!)
- EMILIA. Yo la querré mucho!
- ENRIQUETA. (Con alegría.) ¡Mucho?
¡Sí, hija mía! mucho!
(Esforzándose por sostenerse.)
- EMILIA. ¿Qué?...
se siente usted mal?
- ENRIQUETA. Yo, no!...
(¡y él romper quiso estos lazos!...)
¡No te apartes de mis brazos!
¡Ven: si tu madre murió
sus veces contigo haré!
¡Tú eres buena y eres bella!
¡yo te cuidaré como ella
y como ella te querré!
- EMILIA. ¡Señora! (Conmovida.)
- ENRIQUETA. ¿Qué tienes, dí?
habla! (y calla tú, alma mía!)
- EMILIA. Nada, que me da alegría (Sollozando.)
de que usted me quiera así!
¡Siempre tan sola he vivido!...
- ENRIQUETA. ¡En mí una madre tendrás!
- EMILIA. ¡Oh!... Gracias, gracias!... Jamás
á la mía he conocido!
Con amantes embelesos
nunca á mi lado la ví,
ni en sus brazos me adormí
arrullada por sus besos!
¡Ay!... sin su sombra querida
sola... tan sola me veo...
que á veces, señora, creo
que hasta me falta la vida!
¡Ella jamás los enojos
de mi pecho dispó...
ella jamás enjugó
las lágrimas de mis ojos!
Siempre sin ella he vivido

- en un martirio sin calma.
 ¡Pobre madre de mi alma!...
 ¡Cuánto la hubiera querido!
- ENRIQUETA. ¡Dios te bendiga, mi bien!
 ¡con cuánto placer te escucho!
 ¡Pero yo te querré mucho...
 y tú... me querrás también!
 Tu dicha será la mía,
 deshecha pues el quebranto.
 Nada temas, este llanto
 es un llanto de alegría!
 ¡Déjalo libre correr
 que á mis mejillas no quema!
 ¡Es cada gota un poema
 de ternura y de placer!
 Él me devuelve la calma;
 ¡qué dichosa me está haciendo!
 ¡Ay! van sus gotas cayendo
 como un rocío en mi alma!
 Que me hacen sufrir no creas,
 me están prestando consuelo...
 ¡Santo rocío del cielo,
 bendito... bendito seas!
 ¡Qué buena es usted!
- EMILIA. ¡Oh!... ven,
 ENRIQUETA. ven otra vez á mis brazos!
 ¿Quién de estos amantes lazos
 podrá separarte?... ¿quién?...
 Yo calmaré tus enojos...
 con tus dichas gozaré!...
 si lloras, enjugaré
 las lágrimas de tus ojos...
 No habrá pesar que taladre
 nuestros dulces embelesos...
 ¡yo te daré aquellos besos
 que nunca te dió tu madre!!
- EMILIA. ¿Llora usted?... ¿Y yo he causado
 ese llanto!...
- ENRIQUETA. Tú... mi bien!
- EMILIA. Al verla lloro también!
- CÁRLOS. (dentro.) Basta, ya estoy enterado.

ENRIQUETA. (¡Él es!)

EMILIA. ¿Quién es?

ENRIQUETA. Nadie: vete...
ocúltate!... ya saldrás!...

EMILIA. Pero...

ENRIQUETA. Un momento no más!

¡Entra en ese gabinete!

(Emilia impulsada por Enriqueta entra por la segunda puerta de la derecha. Enriqueta cierra las puertas y corre las cortinas, entre las que queda inmóvil sin ser vista por Carlos, hasta que lo marca el diálogo. Carlos entra sumamente agitado por la puerta del foro.)

ESCENA IX.

ENRIQUETA.—CÁRLOS.

CÁRLOS. ¡Horrible y funesto día! (Entrando.)

¡No estaba en su casa... no;

Ramon sin duda la halló!

¡Usted aquí todavía!...

(Viendo á Enriqueta.)

ENRIQUETA. ¡Aquí me debo encontrar!

(Sin separarse mucho de la puerta.)

CÁRLOS. ¿Que otra desdicha me pasa!

ENRIQUETA. ¡Mi hija se encuentra en su casa,

y en su casa debo estar!

CÁRLOS. ¡Mi hija!... ¡Qué!... ¿Sabe usted?...

ENRIQUETA. ¡Sí!

¡Alfredo la trajo!

CÁRLOS. (Alterado al comprenderlo todo.) ¡Qué!!

¡Ella!... ¿y yo le aconsejé!...

¡Oh! (Queriendo entrar á verla.)

ENRIQUETA. ¡No se pasa de aquí!

CÁRLOS. ¡Soy su padre!

ENRIQUETA. ¡Aunque lo exija,

mi mente en su afán no cesa!

¡No es padre quien aconseja

la seducción de su hija!

- CÁRLOS. ¡Oh! ¡yo mi crimen maldigo!
mas... ¡si creerlo no puedo!
- ENRIQUETA. ¡Aquella carta de Alfredo!...
- CÁRLOS. ¡Gran Dios! ¡Qué horrible castigo!
¿Y yo pude aconsejar!...
- ENRIQUETA. ¡Usted tan solo!
- CÁRLOS. ¡Qué horror!
- ENRIQUETA. ¡Y es su padre!...
- CÁRLOS. ¡Oh!... ¡por favor!...
No me acabe de matar!
¡Me vuelvo loco!... ¡Deliro!
(Con delirante expresion.)
¡Dios!... sé conmigo clemente!
¡Sombras encuentra mi mente
por donde quiera que miro!
¿Es ilusion del deseo?
¿Qué otra cosa puede ser?
¡Si no lo quiero creer!
¡Si lo miro y no lo creo!
¡No... no es posible! ¡jamás
tanta desdicha fué cierta!
¡Despierta, razon, despierta,
y no me atormentes más!
- ENRIQUETA. ¡Tarde su perdon implora!
- CÁRLOS. ¡Mi mente está en ella hija!
¡Oh! yo quiero ver á mi hija!
- ENRIQUETA. ¡Jamás la ha de ver!
- CÁRLOS. ¡Señora?...
No aumente usted mi afliccion!
- ENRIQUETA. Usted que quiso perderla...
- CÁRLOS. ¡Gran Dios?
- ENRIQUETA. ¡No es digno de verla!
- RAMON. (Apareciendo en la puerta del foro.)
¡Enriqueta aquí!
- ENRIQUETA. (Viéndole.) ¡Ramon!

ESCENA X.

DICHOS.—RAMON.

- RAMON. ¡Oh!... ¿á qué has venido?... ¡dí!
- ENRIQUETA. Por tu vida, que es mi vida,
y por la honra querida
de mi hija... que está aquí!
- RAMON. ¿Tú sabes?...
- ENRIQUETA. Sí: mi deber
esto me aconseja.
- RAMON. ¡Calla!
¿En dónde esa niña se halla? (Á Cárlos.)
- CÁRLOS. ¿Qué es lo que intentas hacer?
- RAMON. Cumplirte lo que ofrecí,
referirla todo... todo!
- ENRIQUETA. ¡No, Ramon!
- CÁRLOS. ¡De ningún modo!
- ENRIQUETA. (¡Yo lo impediré!)
(Váse por la puerta de la derecha.)
- CÁRLOS. (Colocándose delante de la puerta, para impedir
la entrada á Ramon.)
¡Ay de tí
si tus labios ni una queja
la dicen en contra mía!
- RAMON. ¡Contra tanta villanía
nadie el silencio aconseja!
- ENRIQUETA. ¡No está en esta habitacion!
(Saliendo azorada del gabinete.)
- CÁRLOS. ¡Cómo! (Entra en el gabinete.)
- ENRIQUETA. ¡Fué vano mi intento!
- CÁRLOS. ¡No está!! ¡Oh! ¡qué pensamiento
desgarra mi corazon! (Toca un úmbre.)
¡El infierno contra mí
se vuelve!
- ENRIQUETA. ¡Virgen bendita!
(Aparece el Criado en la puerta del foro.)
- CÁRLOS. Responde... una señorita (Al Criado.)
que estaba hace poco aquí,

- ¿La has visto acaso marchar?
¿Dí?... ¡tú que estabas abajo!
CRIADO. Don Alfredo que la trajo...
- CÁRLOS. Qué...
- CRIADO. Se la ha vuelto á llevar.
- CÁRLOS. ¡Jesús!!
- ENRIQUETA. ¡Hija de mi vida!!
- RAMON. ¿Que Alfredo se la ha llevado?
(Con extrañeza.)
- ENRIQUETA. ¡Sí! Por él aconsejado.
- CÁRLOS. ¡Seducida!... ¡Seducida!...
- RAMON. ¿Y tú, tú con torpes modos
pudiste engañarla así?
- ENRIQUETA. ¡Ay!! (Sin poderse ya sostener.)
- RAMON. ¿Qué has hecho, infame, dí!
- CÁRLOS. ¡Dejadme!... ¡dejadme todos!!
¿No estais mirando mi duelo?
¿Aun bastante no he sufrido?
¡Ya sé!... ¡ya sé que esto ha sido
justo castigo del cielo!
¡Mas ya que á su Providencia
castigarle así le plugo...
¡callad!... ¡á que más verdugo
que el que tengo en mi conciencia?
(Cárlas sale precipitadamente por el foro. Enri-
queta dominada por el dolor se apoya en el
respaldo de una butaca para sostenerse. Ra-
mon contempla abatido el profundo dolor de
Enriqueta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

THE HISTORY OF THE

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

RAMON aparece pensativo sentado en una butaca cerca del velador. PABLO sale lentamente por la puerta del foro.

PABLO. Señor. (Acercándose.)

RAMON. ¿Ha vuelto Francisco?

(Saliendo de su abatimiento.)

PABLO. No señor, y hace ya tiempo que salió.

RAMON. ¿Le has enterado bien de todo?

PABLO. Sí, no temo que él se equivoque. Conoce demasiado á Don Alfredo y tiene vista de lince.

RAMON. ¿Está el carruaje dispuesto?

PABLO. En él marchó á la estacion del ferro-carril, y dentro va María, la doncella de la señorita. Al tiempo de salir les encargué que bajo ningun pretexto dejen marchar á la niña si llegan á verla. Pero...

no sé si me habré excedido
en mis órdenes,—Creyendo
que esa jóven se resista
á ir con su tia...

RAMON.

¿Qué?

PABLO.

Temo,

señor, disgustar á usted!

RAMON.

¡Acaba!

PABLO.

En este supuesto
nada más dije á Maria
que la trajese aquí, y luégo
determinaría usted...

RAMON.

¿Aquí? ¿á mi casa? ¿qué has hecho?

PABLO.

¡Señor... yo creí...

RAMON.

¡En mi casa!

PABLO.

¿Dónde llevarla?

RAMON.

Comprendo (Con inquietud.)

tu intencion!—¡es natural!

¡quieres que una vez al ménos
vea Enriqueta á su hija!...

¡qué la dé su adios postrero...

y que yo... ¡me vuelvo loco

de pensar!...

PABLO.

Señor...

RAMON.

Tu afecto

te disculpa! ¡has hecho bien!

¿Qué importa mi sufrimiento?

(Queda pensativo.)

PABLO.

Señor, si algun valor tiene

la vida de un pobre viejo,

con alegría la diera

por evitarle un momento

de angustia! Amo con delirio

á mi señora! y por eso

le pago con mi cariño

á usted ¡que feliz la ha hecho!

RAMON.

¡Feliz!...

PABLO.

¿Lo duda, señor!

RAMON.

¡No Pablo, no! cifré en ello

toda mi ventura... toda...

y hoy sólo á mi lado veo

- lágrimas ¡ay!... que me abrasan
estando mis ojos secos!
- PABLO. Vamos, señor, considere
que así no pondrá remedio
al mal, y que solamente
logrará que al mismo tiempo
padezca la señorita!
Ella le ama á usted... Su anhelo
cifra sólo en complacerle
y evitarle sufrimientos.
- RAMON. ¿Y qué más puedo yo hacer
que sufrir este tormento
sin exhalar una queja
que halle en sus oídos eco!
Ella en nada me ha faltado,
es verdad; su error funesto
de hacerla creer vilmente
que su hija había muerto,
obra fué del seductor
infame que en otros tiempos
fué mi amigo más querido...
mi hermano! Ya ves si tengo
motivos para sufrir!
Déjame, pues, sin recelo
quejarme, que si el dolor
no mata en ciertos momentos
es porque el alma se queja!
¡Ay del que llora en silencio!
- PABLO. Mi amor á la señorita
disculpa mi atrevimiento.
- RAMON. ¿Y acaso yo no la adoro!
¿puede haber amor más tierno
ni más constante que el mio!
¡Ay, Pablo! ¡pues si por eso
es por lo que sufro tanto!
¡Si ese es mi mayor tormento!
¡Verla sufrir y no hallar
para sus males remedio!
¡No es mi dolor el que más
me aflige en estos momentos;
es que ella sufre, y que á mi

- me mata verla sufriendo!
- PABLO. ¡No perdamos la esperanza!
¡Siempre al mal sigue el remedio,
y quién sabe!...
- RAMON. ¡No, imposible!
(Mirando al gabinete de la izquierda.)
¡Ella se acerca! No quiero
que mi presencia despierte
en ella más sufrimientos.
(Se dirige á la puerta derecha.)
- PABLO. ¡Señor!
- RAMON. ¡Déjame estar solo! (Vásc.)
- PABLO. ¡Para esto he llegado á viejo!

ESCENA II.

PABLO.—ENRIQUETA, que sale por la izquierda en completo estado de abatimiento.

ENRIQUETA. ¡Pablo!

PABLO. ¡Valor, señorita!

ENRIQUETA. ¡Le tengo, Pablo, le tengo!
la impaciencia me da fuerzas
para todo! Dime, ¿fueron
á la estacion?

PABLO. El señor
encargó que con gran celo
á la niña se buscase,
y yo he mandado al momento
á Francisco, acompañando
á María, con objeto
de que á todo trance impidan
que se marchen.

ENRIQUETA. ¿Y no han vuelto?

PABLO. ¡Aún no!

ENRIQUETA. ¡Dios mio, no hay duda,
no los han hallado! ¡el cielo
quiere apurar mis desdichas!

PABLO. Vamos, más calma; por eso
no pierda usted la esperanza.

ENRIQUETA. ¿No? ¡Si me lo está diciendo
á gritos el corazón!
¡Pobre hija mía!

PABLO. Yo creo
que los hallarán.

ENRIQUETA. No, Pablo,
mi mal no tiene remedio.
¡Soy muy desgraciada!

PABLO. Vamos,
señorita, ¿por qué esos
pronósticos? calme usted
su agitacion, que aunque viejo
y sin servir para nada,
al verla, como la veo
llorar, tambien á mis ojos
acudir lágrimas siento!

ENRIQUETA. ¡Gracias, Pablo! Tu cariño
á mi mal presta consuelo.
¡Si vieras cuánto he sufrido
á solas en mi aposento
desde esta tarde evocando
mis ya pasados recuerdos,
y llorando mi amargura
y mi dolor en silencio!
¡Encontrar á la hija mia,
y encontrarla en el momento
en que engañada, perdida
tal vez ya!... ¡ay!

PABLO. ¡No pensemos
en eso!

ENRIQUETA. ¡No he de pensar,
si ese sólo pensamiento
es quien hoy vida me da,
si es vida vivir muriendo!

PABLO. Pronto esa niña á sus brazos
vendrá, y en dulce consuelo
trocará con sus caricias
este dolor tan intenso.

ENRIQUETA. No, Pablo; aún así me esperan
tambien terribles tormentos.
¡No la podré llamar hija!

¡veré que la arrancan luégo
para siempre de mis brazos!
¡Ella ignorará el secreto
de que soy su madre... y yo
siempre llorando en silencio,
consumiré hasta mis lágrimas,
y cuando mis ojos secos
estén ya, sucumbiré
de mis males bajo el peso!
¡Valor, señorita!

PABLO.

ENRIQUETA.

¡Ay, Pablo!

(Suena dentro una campanilla.)

PABLO.

¡Han llamado!

ENRIQUETA.

¡Serán ellos!

PABLO.

Voy á ver.

ENRIQUETA.

Sí, Pablo, sí,

vé pronto!

PABLO.

Voy al momento.

(Váse por el foro.)

ESCENA III.

ENRIQUETA, luégo RAMON, por la derecha, desp ues
PABLO y EMILIA, por el foro,

ENRIQUETA. ¡No serán!... ¡no han acabado
todavía mis desgracias!

EMILIA. (Dentro.) Bien, señora.

ENRIQUETA. (Comprimiendo un grito de alegría.)

¡Es ella! ¡Gracias,

Dios piadoso! Se ha salvado!

(Al dirigirse hácia el foro, se detiene contra-
riada en su vivo deseo de salir al encuentro
de su hija, al ver á Ramon, que habrá sali-
do momentos ántes por la puerta de la de-
recha.)

(¡Ah!... Ramon!)

RAMON.

¡Qué tienes?

ENRIQUETA.

Nada...

RAMON.

¡Estás azorada... inquieta!

- ENRIQUETA. No.
- PABLO. (Entrando precipitadamente por el foro.)
Señorita Enriqueta...
¡Ah!... Don Ramon!
(Deteniéndose al ver á D. Ramon.)
- RAMON. (Que aún estará cerca de la puerta derecha contemplando á Enriqueta.)
(¡Desgraciada!)
- EMILIA. (Aparece en el foro.)
¿Por aquí?
- ENRIQUETA. (¡Dios mio!)
- EMILIA. (Desde la puerta.) ¡Ah! sí:
allí la veo! ¡Señora!
(Dirigiéndose á Enriqueta.)
- RAMON. (¡Su hija aquí!)
- EMILIA. (¡Cómo es que ahora
ya no me abraza!)
- (Con extrañeza y sentimiento se detiene al notar la aparente y forzada indiferencia de Enriqueta, que sostiene con heroica resistencia la lucha de encontrados sentimientos que despiertan en su alma la presencia de Emilia y Ramon.)
- ENRIQUETA. (¡Ay de mí!)
- (Si ella comprender pudiera!...)
- RAMON. (¡Por mí á sufrir se resigna!)
- (Contemplando el abatimiento de Enriqueta.)
- EMILIA. (Con cariñoso sentimiento.)
Comprendo que no soy digna
ni de un abrazo siquiera,
mas ya sabe usted que yo,
cuando hoy con Alfredo fuí
á la casa en que á usted ví,
fué porque así lo mandó
mi padre...
- ENRIQUETA. (Reprimiéndose.) (¡Ay!)
- EMILIA. Con su permiso
fué; sí señora!
- ENRIQUETA. (Disimulando.) Ya sé...
- RAMON. (¡Pobre niña!)
- (Ramon, que habrá permanecido hasta ahora en

tercer término, adelantó un poco hácia un lado de la escena. Enriqueta permanece en el lado opuesto, Emilia en el centro. Pablo se retira lentamente por el foro.)

EMILIA.

Luégo, usted me dijo que era preciso que á Alfredo le suplicára, aunque así no lo quisiera, que al momento que le viera con mi padre me llevara. Se lo supliqué; y en cuanto lo oyó, dijo que vivía en una quinta que había fuera de Madrid; por tanto el viaje había que hacer en ferro-carril; llegamos á la estacion, y encontramos á un hombre y á una mujer; que al momento que nos vieron yo no sé con qué intencion, despues que una gran cuestion con Alfredo sostuvieron, en un coche me han traído hasta aquí. ¿Hice mal, señora?

ENRIQUETA. No. (Pobre hija mia!) (Breve pausa.)

EMILIA. (Con turbacion.) ¡Ahora... lo que siento es .. que he venido en mala ocasion.

ENRIQUETA. ¿Por qué?

EMILIA. Estaría usted ocupada quizá!

ENRIQUETA. Yo?... no tal!... en nada.

EMILIA. Como estaba cuando entré este caballero aquí, al lado suyo!...

ENRIQUETA. Es mi esposo.

EMILIA. Este señor!—Qué dichoso será usted!... No es cierto?

(Volviéndose y acercando cariñosamente á Ramon con inocente alegría.)

RAMON.

Sí,

(Sin ironía, pero con sentimiento.)
muy dichoso.

ENRIQUETA. (¡Qué agonía!)

EMILIA. (Volviéndose á Enriqueta.)
Junto á usted... ¿quién no lo fuera?
si yo á su lado viviera
tambien dichosa sería.

ENRIQUETA. (¡Oh!...)

EMILIA. Desde el primer momento
en que esta tarde la ví,
no sé qué pasa por mí!
un afan extraño siento
cuyos motivos ignoro,
y en mi loco desvarío,
á veces, con pena, rio,
y á veces, alegre, lloro!
Yo no sé si esto es quebranto
ó es de mi placer divisa!
si es placer, ¿por qué mi risa
se convierte luégo en llanto?

RAMON. (Ah!)

ENRIQUETA. (¡No puedo más!)

EMILIA. ¡Sentí
por usted tal simpatía!...
¿Lo duda usted?

ENRIQUETA. No... hija mia.
(Dominando su dolor.)

EMILIA. ¡Llámeme usted siempre así!

RAMON. (¡Oh!)

EMILIA. Nunca así me llamó
mi madre... que ya no existe!

ENRIQUETA. (¡No hay más penas!)

EMILIA. ¡Es tan triste
vivir como vivo yo!
En mi desdicha pensando
mis lágrimas con enojos
van al brotar de mis ojos
á mis mejillas quemando.
Mi dolor á derramarlas
con honda inquietud me obliga,
y no hay una mano amiga

que se afane por secarlas.
 ¡De mi suerte los agravios
 á que suspire me impelen,
 y no hay labios que consuelen
 los suspiros de mis labios!
 ¡La soledad me da horror,
 hablar con álguien ansio,
 y no hay nadie al lado mio
 que sufra con mi dolor!
 ¡Por esa razon sin calma
 paso la vida llorando,
 y siempre... siempre pensando
 en mi madre de mi alma!
 ¡Y aumentando mi querella
 es tanta mi insensatez,
 que si duermo alguna vez
 es porque sueño con ella!

ENRIQUETA. (¡Qué martirio!)

EMILIA.

Yo no vi
 jamás á la madre mia,
 mas, de seguro, sería
 buena como usted! ¡Oh, si!
 Me lo dice el corazon
 y en la vida me ha engañado!
 ¡Si ella viviese á mi lado!...

ENRIQUETA. (¡Ay!)

(Sin fuerzas ya para dominar su situacion.)

RAMON.

¡Enriqueta!

(Viéndola desfallecida y acercándose.)

ENRIQUETA.

¡Ramon!

(Con cariñosa expresion. Breve pausa. Enriquet
 ta hace el último esfuerzo por aparecer tran-
 quila.)

RAMON.

Voy al Congreso un instante,
 cuando vuelva... pensaremos
 lo que resolver debemos.
 Asunto tan importante
 allí ocupa mi atencion,
 que á faltar no me resuelvo.
 (No te apartes mientras vuelvo
 de tu hija.)

- (Acercándose á Enriqueta y en voz baja.)
 ENRIQUETA. ¡Gracias, Ramon!)
 (Cogiéndole cariñosamente las manos y con
 tierna expresion de agradecimiento por de-
 jarla allí con su hija.)
 RAMON. ¡Solos las dejo á las dos!
 ¡Nada mi amargura evita!
 (Dirigiéndose á la puerta derecha.)
 ¡Pobre niña!) Señorita...
 EMILIA. ¿Qué?... ¡Ah!... vaya usted con Dios.
 RAMON. ¡Llevo el alma destrozada!
 ¡No hay pesar que más aflija!
 ¡Pobre madre y pobre hija!
 ¿Cuál es la más desgraciada?)
 (Váse derecha.)

ESCENA IV.

ENRIQUETA.—EMILIA, despues RAMON que vuelve
 por la derecha.

(Enriqueta, así que desaparece Ramon, no pudiendo ya con-
 tener su dolor, que tanto ha comprimido en la escena an-
 terior, se echa en brazos de Emilia, dominada por una
 mortal congoja. Hace esfuerzos por romper á llorar, pero
 no puede. Emilia la contempla asustada.)

ENRIQUETA. ¡Ay!

EMILIA. ¡Eh! ¿qué es eso? ¡señora!
 ¿Se siente usted mal? ¡me espanta
 su palidez! ¡Virgen santa!
 ¡y encontrarme sola ahora!
 ¡favor! su estado me inquieta! (Gritando.)

RAMON. ¿Qué sucede?
 (Aparece por la puerta derecha con el sombrero
 para salir á la calle.)

EMILIA. ¡Ah! ¡venga usted!
 ¿Se ha puesto mala! ¡no sé
 qué es lo que tiene!

RAMON. ¡Enriqueta!
 ¡Enriqueta! ¡Su dolor

- (La sienta en el sofá.)
la asesina! ¡Desgraciada!)
(Enriqueta empieza á volver en sí.)
¡Habla! ¡Qué tienes?
- ENRIQUETA. No es nada.
- EMILIA. ¡Señora!...
- ENRIQUETA. ¡Ya estoy mejor!
(Con triste sonrisa.)
- RAMON. Entra á descansar.
- ENRIQUETA. No tal.
¡Si no es nada! ¡Ya ha pasado!
- EMILIA. ¡Ay! ¡qué susto me he llevado!
¡Si se puso usted mortal!
- ENRIQUETA. ¡Ya estoy bien!
- RAMON. ¡De veras?
- ENRIQUETA. Sí.
¿No lo ves? ¡Si esto no ha sido nada!
- RAMON. (¡Infeliz!)
- ENRIQUETA. ¡Un vahido!
¡No te detengas por mí!
- RAMON. Usted... la acompañará
mientras vuelvo. (Á Emilia.)
- EMILIA. Sí señor. (Con alegría.)
- RAMON. ¡Me duele ver su dolor!
(Dirigiéndose al foro.)
¡Quién mejor la cuidará! (Váse.)

ESCENA V.

ENRIQUETA.—EMILIA.

- EMILIA. ¿Se encuentra usted ya bien?
- ENRIQUETA. Sí.
(Abrazándola con ternura.)
muy bien, muy bien... ¡hija mia!
¡todo ha sido de alegría
al mirarte junto á mí.
- EMILIA. ¿Conque tanto me ama usted?
- ENRIQUETA. ¡Cómo no amarte!

ni placer ni dicha espera,
siente al hallar quien la quiera
tanta alegría en el alma!...
Deje usted en este dia
libre mi llanto brotar:
¡ay! gusta tanto llorar
si se llora de alegría!

ESCENA VI.

DICHOS.—PABLO, que entra agitado por el foro.

- PABLO. ¡Señorita, señorita!
- ENRIQUETA. (Levantándose y acercándose á Pablo.)
¡Qué es eso? Estás azorado.
- PABLO. ¡El caso no es para ménos!
- ENRIQUETA. (Habla! (En voz baja á Pablo.)
- PABLO. ¡Está aquí!
- ENRIQUETA. ¿Quién?
- PABLO. Don Cárlos.
- ENRIQUETA. ¡Él... Dios mio!
- PABLO. Se quedó
en la antesala esperando.
¡Quiere entrar á todo trance!
Cuando Francisco se trajo
á la niña, don Alfredo
vió en la estacion á don Cárlos
que iba en busca de su hija
tambien, y allí se ha enterado
de todo. ¡Viene á llevársela!
- ENRIQUETA. ¡Oh! no; ¡es preciso evitarlo
hasta que vuelva Ramon.
- PABLO. Bien está.
- ENRIQUETA. Dí que entre, Pablo!)
(Váse Pablo por el foro.)
Hija mia, una visita
me separa de tu lado
un momento.
- EMILIA. Bien, señora,
¿qué debo hacer?

- ENRIQUETA. Pronto acabo.
 Entra en ese gabinete.
 (Por la puerta izquierda.)
- EMILIA. Con impaciencia la aguardo. (Vase.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA, despues CÁRLOS.

- ENRIQUETA. ¡Y pensar que á separarla
 van de mis brazos ahora!...
 (Queda abatida, Cárlos entra por el foro y la
 contempla un momento: al verle Enriqueta re-
 cobra su entereza y dignidad.)
- CÁRLOS. Dispéñseme usted, señora,
 si he venido á importunarla;
 mas aunque mucho me allija
 mi deber lo ordena así:
 no extrañe usted verme aquí;
 vengo á buscar á mi hija.
 No trataré de ocultar
 que la impaciencia me abrasa.
- ENRIQUETA. ¡Teme usted que en esta casa
 no se la sepa guardar?
 (Con irónica dignidad.)
- CÁRLOS. ¡Temo... agravar mi dolor!
 ¡la venganza á Ramon ciega!
- ENRIQUETA. ¡Quien al delito se entrega
 vive siempre con temor!
- CÁRLOS. ¡Oh! ¡que así mi culpa expie!
- ENRIQUETA. Es natural que en su anhelo
 quien la aguarda con tal celo
 en los demas no confie.
- CÁRLOS. ¡No me haga usted más sufrir!
 ¡Si hoy hasta su casa vengo
 es, señora, porque tengo
 aquí un deber que cumplir!
 Jamás podré resignarme
 á que mi pasado cuente
 Ramon á mi hija, y que intente

su cariño arrebatarme.
Él me hizo tal juramento
ántes, y estando aquí ahora...

ENRIQUETA. ¿Teme usted?

CÁRLOS. ¡Temo, señora,
que cumpla su ofrecimiento!
¡Tan solamente decirlo
me espanta! ¿cómo es posible
que ella!... ¡no, no, fuera horrible!

ENRIQUETA. ¿Y viene usted?...

CÁRLOS. ¡Á impedirlo!
¡Yo sé que he sido un malvado;
disculparme no pretendo,
y ménos hoy que comprendo
lo infame de mi pasado!
Del mundo la indignacion
con justa causa provocho;
y estoy como un pobre loco
que recobra la razon!
¡Lo confieso aunque me aflija
de mi inquietud á despecho;
mas nadie tiene derecho
á decirselo á mi hija!
¡De su amor filial los lazos
con su rencor rompería,
y al hacerlo... saltaría
mi corazon en pedazos!
¡De mis faltas el exceso
no oculto de ningun modo,
él tendrá derecho á todo,
á todo... ménos á eso!

ENRIQUETA. ¡Tal temor es natural
que abrigue con desconsuelo
quien, como usted, es modelo
de santo amor paternal!

CÁRLOS. ¡Cese ya tanta ironía!
¡aún bastante no he sufrido!
yo solamente he venido
á llevarme á la hija mia,
y no á aumentar más aquí
las angustias de mi pecho!

ENRIQUETA. Comprendo! ¿Y con qué derecho viene á reclamarla así!

CÁRLOS. ¿Con qué derecho.—¡Y lo duda!... Soy su padre!

ENRIQUETA. No... mentira!

¡Quien por su hija no mira
y su pureza no escuda!
¡Quién en su loca demencia
por maldad ó por error,
intenta robar su honor
mancillando su inocencia,
aunque su pecho taladre
llamarse así no podrá!
¡No todo aquel que el sér dá
merece el nombre de padre!

CÁRLOS. ¡Señora, por compasion,
no aumente más mi tormento!

ENRIQUETA. ¿Soy acaso injusta?

CÁRLOS. ¡Siento
que enloquece mi razon!
Ni al más vil que en su querella
pide ver con santo anhelo
á su hija... ese consuelo
se niega!... al ménos por ella!

ENRIQUETA. Bien: con una condicion
pongo á sus deseos tasa,
que no saldrá de esta casa
hasta que vuelva Ramon.
Á mí confiada está
por él, y no debo ahora...

CÁRLOS. ¡Yo lo prometo, señora!

ENRIQUETA. Ahora mismo aquí vendrá.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS, despues EMILIA.

CÁRLOS. ¡Y pensar que en mi egoismo
intenté ciego perderla!



- ¡Tiemblo al pensar que he de verla!
¡Me avergüenzo de mí mismo!
- EMILIA. ¡Padre!
(Saliendo y dirigiéndose con alegría á Carlos.)
- CÁRLOS. Hija mia!... Tú aquí! (Abrazándola.)
- EMILIA. Te extraña verme... ¿verdad?
yo tampoco en realidad
me lo explico; aunque si así
lo has dispuesto tú...
- CÁRLOS. ¿Yo? es cierto.
Sí, hija mia, sí, yo he sido (Disimulando.)
quien había convenido...
- EMILIA. ¡Ah! pues entónces... Te advierto
qué no me pesa! (Con alegría.)
- CÁRLOS. ¿Por qué?
- EMILIA. ¡Si no sé explicarlo ahora!
desde que ví á esta señora
con toda mi alma la amé!
- CÁRLOS. ¡Oh!
- EMILIA. ¡Me quiere tanto... sí!
no lo dudes! Qué alegría! (Abrazándole.)
Yo hablar contigo quería,
pero tú... (Enfadándose de pronto.)
- CÁRLOS. ¿Qué quieres, dí? (Con cariño.)
- EMILIA. ¿Qué quieres? ¡qué he de querer!
reñirte.
- CÁRLOS. No seas niña!
- EMILIA. ¡Pues es muy justa mi riña!
¡Por qué no me viste ayer?
- CÁRLOS. Mis ocupaciones...
- EMILIA. Sí...
¡Siempre la misma canción!
tu primera ocupacion
debía ser verme á mí!
- CÁRLOS. Tienes razon: te concedo
que hice mal.
- EMILIA. Muy mal hiciste.
Díme ¿por qué le escribiste
ayer esta carta á Alfredo?
- CÁRLOS. ¿Qué? Te callas? (Enseñándose la.)
¿Yo? ¡Dios mio! (Aterrado.)

- EMILIA. Por eso me fui con él.
- CÁRLOS. ¡Oh, qué martirio tan cruel!
¡de horrible qué modo expió
mi falta con mi dolor!
- EMILIA. Como la carta decía
que á la casa de su tia
fuese...
- CÁRLOS. ¡Calla, por favor!
- EMILIA. Esta señora... mi falta (Con inocencia.)
tambien reprendió! ¿Qué mal
hay en ello? ¡duda igual
aun sin quererlo me asalta,
pero mi duda refreno
y así pretendo alentarme!
¡Tú no ibas á aconsejarme
nada que no fuese bueno!
- CÁRLOS. ¡Oh! sí, sí, yo no sabía,
mi bien, lo que entónces hice.
Si álguien que miento te dice
dí que no es cierto, hija mia!
¡De acciones tan miserables
no soy capaz!
- EMILIA. ¡Me estremeces!
(Sin comprenderle.)
- CÁRLOS. Es que en este mundo á veces
hay errores lamentables!
Que hubo en mí maldad no creas!
un engaño me cegó.
- EMILIA. ¡Crear en tí maldad yo!
No, jamás!
- CÁRLOS. ¡Bendita seas! (Abrazándola.)
¡No lo dudes! ¡Esto ha sido
tan sólo un engaño horrible,
si no... ¿cómo era posible
que yo hubiese consentido!...
¡En quien la vida te dió
no cabe accion tan impía!
¡tu vida podrá ser mia,
pero tu pureza no!
¡Esa es de Dios! ¡Tal recelo
desheche tu alma sincera!

- ¿yo... robártela!... eso fuera
 robar un ángel al cielo!
 ¡Cometer tal villanía,
 yo que por tí sólo aliento!...
 ¡no abrigues tal pensamiento!
 ¡no lo abrigues, hija mia!
 MILIA. ¿Yo?... ¡no! ¡qué agitado estás!
 (Sin comprender aún lo que dice Carlos.)
 ¿qué tienes? ¡no te comprendo!
 CÁRLOS. ¡Oh! ¡yo á mí mismo me vendo!)
 ¡No me comprendas jamás!
 EMILIA. ¡Vamos, cálmate! ¿por qué
 quieres agitarte así?
 ¡Hoy todos están aquí
 tan tristes, que yo ni sé
 lo que me pasa!
 CÁRLOS. ¡Dios mio!
 EMILIA. ¡La noticia que me has dado
 de que te vas, me ha causado
 tanta pena!...
 CÁRLOS. Ye confío...
 y es lo que más me interesa,
 en que... (por más que me aflija
 mi ausencia) como á una hija
 te cuidará la marquesa
 del Solivar.
 EMILIA. (Con disgusto.) ¡Yo á su lado
 vivir!...
 CÁRLOS. Sí; ¿lo sientes?
 EMILIA. ¿Yo?
 CÁRLOS. Ella misma me ofreció
 su casa.
 EMILIA. ¿Y has aceptado?
 CÁRLOS. Sí.
 EMILIA. Bien está, no resisto. (Con pesar.)
 Mas vivir en compañía
 de esa señora...
 CÁRLOS. ¡Hija mia!...
 EMILIA. ¡Como yo nunca la he visto!
 CÁRLOS. No importa.
 EMILIA. (Con humildad.) Haré desde ahora

lo que tú quieras mandarme;

(Con viva expresion.)

mas si quisieras dejarme
aquí con esta señora...

CÁRLOS.

(¡Oh!)

EMILIA.

¡Me ama tanto!

CÁRLOS.

¡Por Dios!

¿no pienses!...

EMILIA.

¿Por qué eso dices?

¿seríamos tan felices

viviendo juntas las dos!

¡Ese es el único bien

que hoy anhelo con ternura!

¡Es tan buena!... ¡Estoy segura

de que tú la amas tambien!

¿verdad?

CÁRLOS.

Sí.

EMILIA.

¿Qué tienes!

CÁRLOS.

¡Nada!

¡qué he de tener! ¡no te asombre!

EMILIA.

¿Qué infame sería el hombre

que la hiciera desgraciada!

CÁRLOS.

(¡Mi castigo es merecido!) (Aterrado.)

EMILIA.

¡Amarla tanto... y ahora

vivir con otra señora

á quien nunca he conocido!

CÁRLOS.

¿Y eso causa tu pesar!

EMILIA.

No, pero...

¡Ah!

(Volviéndose de pronto hácia Carlos.)

CÁRLOS.

¿Qué te pasa?

EMILIA.

Dime, ¿va Alfredo á esa casa

donde me vas á llevar?

¿No irá, verdad?

CÁRLOS.

(¡Desgraciada!)

¿Por qué lo quieres saber?

EMILIA.

Porque no le quiero ver;

estoy con él enfadada!

¡Me ha egañado! ¡Mas me obligo

á castigarle... y lo haré!

Cuando yo le supliqué

que me llevara contigo,
al punto me respondió
sin turbarse, que vivías
en la quinta que tenías
fuera de Madrid, y yo...
¡ya ves!... ¡así lo creí!...
que anduve torpe sospecho,
mas él, ¿no es verdad que ha hecho
mal el engañarme así?

CÁRLOS.

¡Muy mal!

EMILIA.

Yo le haré pagar
caro, muy caro su engaño;
por lo ménos en un año
no le vuelvo más á hablar.

CÁRLOS.

¡Sí, dices bien, hija mia!

EMILIA.

No faltaba más... yo haré
que se enmiende y probaré
que sé tener energía.

CÁRLOS.

¡Oh! sí, ténla!

EMILIA.

Vaya y mucha.
Buen castigo así le damos.
Sin embargo... ahora que estamos
solos, y que él no me escucha,
á hacerte una confesion
voy...

CÁRLOS.

Impaciente la espero.

EMILIA.

Pues bien, es... (Con rubor.)

CÁRLOS.

¿Qué?

EMILIA.

Que le quiero
con todo mi corazon.

CÁRLOS.

¡Oh!

EMILIA.

No apagó su demencia
el amor que existe en mí!

CÁRLOS.

¡Repara, Emilia!...

EMILIA.

¡Ahora sí
que va á ser triste tu ausencia
para mí! Sin tí... sin él...
¡qué soledad tan sombría!

CÁRLOS.

¡Y piensas tú que la mia
ha de ser ménos cruel!
¡Allí, solo, sin hogar!

siempre en tí, mi bien, pensando
 iré la dicha buscando
 y no la podré encontrar!
 Tu amor, con loca demencia
 por doquiera buscaré.
 y en vez de amor hallaré
 la soledad y la ausencia.
 Mi amargura y mi quebranto
 lágrimas me arrancarán,
 y hasta tí no llegarán
 mis suspiros y mi llanto.
 De otro sol el resplandor
 me herirá con sus reflejos,
 y siempre léjos... muy léjos,
 y á solas con mi dolor;
 nada de mi afán impío
 calmar podrá los enojos.
 ¡Sin tí veré ante mis ojos
 el mundo entere vacío!
 Mas ¿qué?... ¡lloras!... ¡Tu pesar
 deshecha! (¡Pobre hija mía!)
 ¡Pensemos sólo en el día
 en que te vuelva á abrazar!
 ¡Ya verás con cuánto amor
 me volverás luégo á ver!
 ¡Un instante de placer
 cuesta un siglo de dolor!
 Es fuerza que pronto acabe
 esta ausencia!

EMILIA.

¡Será así!

CÁRLOS.

¡Y hoy mismo te marchas?

EMILIA

Sí.

CÁRLOS.

¿Y cuándo vuelves?

EMILIA.

(¡Dios sabe!)

CÁRLOS.

ESCENA IX.

DICHOS.—ALFREDO, por el foro.

EMILIA.

¡Abrigo cierta zozobra!...

- CÁRLOS. ¡Quién es?...
(Volviéndose al sentir los pasos de Alfredo que al verlos se detiene con temor.)
- EMILIA. (¡Alfredo!) (Viéndole con rubor.)
- CÁRLOS. (¿Qué hacer?)
(Contemplando á los dos.)
- EMILIA. (¡Me voy!... ¡No le quiero ver!)
(Á Cárlos, y váse corriendo por el foro.)
- ALFREDO. ¡Cárlos! (Abatido.)
- CÁRLOS. ¡Gózate en tu obra!

ESCENA X.

CÁRLOS.—ALFREDO, despues RAMON por el foro.

- ALFREDO. ¡Mi obra!
- CÁRLOS. ¡Es verdad! ¡Tambien es
mia!... negarlo no quiero!
yo te aconsejé primero!...
tú la engañaste despues!
¡De los dos fué la victoria
pues corrimos de ella en pos!
no lo dudes!... á los dos
nos cabe la misma gloria!
- ALFREDO. Cárlos... óyeme en razon!
- CÁRLOS. ¿Qué más me quieres decir!
¡Yo no te puedo pedir
cumplida! satisfaccion!...
para hacerlo, bien lo sé,
no tengo ningun derecho!
¡Tú tan solamente has hecho
lo que yo te aconsejé!
- ALFREDO. ¡Áún puedo hacerla dichosa
y mi falta reparar!
- CÁRLOS. ¡Y cómo lo has de lograr!
- ALFREDO. ¡Cómo, haciéndola mi esposa!
- CÁRLOS. ¡Emilia tu esposa!... ¡No!
no pronuncies ese nombre!
¡ella la esposa del hombre

que seducirla intentó!
 ¿Acaso lograr podrías
 que en ti confiara su pecho?
 Lo que ahora con ella has hecho
 luégo con otras harías;
 y ese temor solamente,
 su ventura arrebatando,
 quizá fuera envenenando
 su existencia lentamente!
 Tu proceder execrable
 no merece ese consuelo!
 ¡Ella es un ángel del cielo
 y tú eres un miserable!...

ALFREDO.

CÁRLOS.

Ya por todo
 es preciso que pasemos!
 ¡Ni tú ni yo merecemos
 que nos llamen de otro modo!
 Si yo no hubiera causado
 el mal que llorando estoy,
 y no advirtiese que soy
 como tú, vil y malvado;
 si yo de perfidia lleno
 obrado no hubiera así...
 ¿piensas acaso que aquí,
 ahora tranquilo y sereno
 tus palabras escuchára
 en mi ciega indignacion,
 sin que de tu infame accion
 pusiera el sello en tu cara?
 ¡Si piensas eso, insensato,
 calla... no lo digas hoy;
 porque aún siendo lo que soy
 no sé cómo no te mato!
 ¡Cárlos!...

ALFREDO.

CÁRLOS.

¡Calla!... no me llames!...
 nuestro crimen es inmenso!

ALFREDO.

CÁRLOS.

Piensa que yo...
 ¡Sólo pienso
 en que somos dos infames!

ALFREDO.

Yo de mi pasada accion

- me arrepiento y la deploro!
 más piensa que á Emilia adoro
 con todo mi corazon?
- CÁRLOS. ¡Me pasma tu audacia loca!
 ¡Amor!... ¡Deja que me asombre!
 ¡Amor dices!... ese nombre
 se profana en nuestra boca!
- ALFREDO. De todo cuanto pasó
 hoy me encuentro arrepentido,
 y humildemente te pido
 la mano de Emilia!
- CÁRLOS. ¡No!
 ¡Nunca!
- ALFREDO. Yo haré por borrar
 de mi torpe accion la huella!
- CÁRLOS. Ni tú eres digno de ella,
 ni yo te la puedo dar!
 ¡Piensas acaso que yo,
 porque la vida le di
 puedo disponer así
 de la hija mia? .. No, no!
 Quien con proceder villano
 supo hacer lo que yo he hecho,
 no tiene ningun derecho
 para conceder su mano!
 ¡Cuando algun dia los dos
 (Aparece Ramon por el foro.)
 nuestro delito expiemos,
 y ambos nos regeneremos
 ante el mundo y ante Dios!...
 Cuando logremos borrar
 la accion que hoy me hace sufrir...
 ¡tú me la podrás pedir!...
 ¡yo te la podré otorgar!
 ¡Que hoy, aunque así no te cuadre,
 por nuestro pasado odioso,
 ni mereces ser su esposo,
 ni yo llamarme su padre!
- ALFREDO. Yo obré por tí dirigido.
- CÁRLOS. Inútil es tu disculpa.
 Tuya y mia fué la culpa!

- RAMON. Sí... los dos la habeis tenido!
 CÁRLOS. Ramon... (Breve pausa.)
 RAMON. ¿Me esperabas?...
 CÁRLOS. Sí,
 á eso he venido. Á buscarte!
 RAMON. Yo tambien deseo hablarte.
 ¿Qué es lo que quieres aquí?
 ALFREDO. Ya que ella mi dicha labra (Á Cárlos.)
 digno de mi amor me haré!...
 cuando lo sea... vendré
 á exigirte tu palabra! (Váse por el foro.)

ESCENA XI.

CÁRLOS.—RAMON, despues EMILIA por la izquierda.

- CÁRLOS. Á sufrir no me resigno,
 ya tu ciega obstinacion!
 RAMON. No te comprendo.
 CÁRLOS. Ramon,
 tu proceder es indigno.
 RAMON. (Dominándose y con irónica expresion.)
 ¡Cárlos!... Es cierto... Salvar!...
 de una deshonra segura
 á esa pobre criatura ..
 es indigno á no dudar!
 CÁRLOS. ¡No!... no ocultes de ese modo
 tu intencion!... aunque me aflija
 sé que has buscado á mi hija
 para contárselo todo!
 ¿Esos instintos menguados
 qué pechos abrigar saben?
 RAMON. En el tuyo sólo caben
 sentimientos elevados!
 CÁRLOS. Yo sé bien cuál es tu intento!...
 RAMON. ¡Tú!...
 CÁRLOS. La impaciencia me abrasa!
 Mi hija se encuentra en tu casa!
 y de ella saldrá al momento!

Eso me impulsa á venir!
 Hoy mismo sin dilacion,
 á Cádiz, en direccion
 á América he de partir.
 La respetable señora
 marquesa del Solivar,
 es la que debe cuidar
 de esa niña desde ahora.

RAMON.

¿Y vienes por ella aquí!

CÁRLOS.

Sí: llevarla al punto quiero,
 á esa casa, donde espero
 que viva siempre.

RAMON.

¡Ella allí!

¡Nunca; aunque seas su padre
 y aunque me juzgues malvado,
 ni tú mismo ya del lado
 la arrancarás de su madre!

CÁRLOS.

(Comprendiendo en todo su valor la generosa ac-
 cion de Ramon.)

¡Qué has hecho!... ¡Y yo le insulté!

Perdona mi loco anhelo!

¡Abrigué tan ruin recelo

porque cual yo te juzgué!

¡Justo es que tu voz me arguya

en mi delirio sin calma!

¡era muy pequeña mi alma

para comprender la tuya!

Esa noble accion que has hecho

de mi hija en beneficio

me impone otro sacrificio,

aunque desgare mi pecho!

RAMON.

Sí: te lo impone, es verdad.

CÁRLOS.

Hoy mismo me alejaré,

y á turbar no volveré

nunca tu felicidad!

¡Comprendo que aunque me aflija

es preciso tal hazaña!

¡No volveré más á España!

¡No veré más á mi hija!

RAMON.

El mundo podrá juzgar
 la accion mia como quiera,

su fallo tranquilo espera
mi corazon. Yo al obrar
como mis acciones fundo
del deber en la obediencia,
sólo atiendo á mi conciencia
y no á lo que diga el mundo!
¡Siendo á mi conciencia fiel
esta accion, no me sorprende!...
¡si alguno no la comprende
tanto peor para él!...

CÁRLOS. ¡Los que honrados habeis sido
nada temeis... es vordad!
mas los que por la maldad
sujetos hemos vívido;
como nada nos disculpa,
siempre de todo tememos,
y algun dia nos hacemos
ESCLAVOS DE NUESTRA CULPA.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—ENRIQUETA y EMILIA.

EMILIA. Sí, de veras. (Dentro.)
(Lúego apareciendo en la puerta de la izquierda
Cárlos queda abatido, Ramon se acerca á re-
cibir á Enriqueta.)

ENRIQUETA. (Breve pausa.) ¡Ay de mí!

EMILIA. No quiere!... ¡Adios pues, señora!

RAMON. No, niña. Usted desde ahora
se queda en casa.

EMILIA. ¿Yo aquí?

RAMON. Como una hija...

ENRIQUETA. Ramon...
¡Oh! Gracias, gracias...

RAMON. (Ap.) (Ten calma.)

ENRIQUETA. (Cuánto te debe mi alma
por tu generosa accion!)

RAMON. Todo lo mereces.

EMILIA. (Á Cárlos.) Padre.

- ENRIQUETA. (Á tí sólo debo hoy
cuanto he sido y cuanto soy
como esposa y como madre!)
- CÁRLOS. Con tu noble accion me humillas,
Ramon!... mi querido hermano!
(Á Ramon con expresivo sentimiento y vol-
viéndose hácia Emilia.)
¡Emilia!... ¡Besa esa mano!
¡de rodillas!... de rodillas!
- EMILIA. ¡Sí!
(Cayendo de rodillas al lado de Ramon y besán-
dola la mano.)
- CÁRLOS. ¡Bendigamos los dos
á quien en su alma atesora
tanta nobleza! Señora...
(Enriqueta permanecerá á la izquierda de Ra-
mon, apoyada en sus brazos. Emilia á la
derecha y á sus piés. Carlos se separa con
dolor de aquel grupo, y dice desde el centro
de la escena.)
¡Ramon!... ¡Hija mia!... ¡Adios!...
(Váse precipitadamente por el foro.)
- EMILIA. ¡Oh!... ¡no!... padre! ¡Dónde vas?...
(Se detiene en el centro de la escena.)
¡Se fué!.. ¡Su dolor me espanta!
¡Protégele, Virgen santa!
¡No le abandones jamás!
(Emilia queda arrodillada en medio de la escena,
Enriqueta la contempla con vivo sentimiento,
sin separarse de Ramon, que la anima con
cariñosa expresion.)

FIN DE LA COMEDIA.

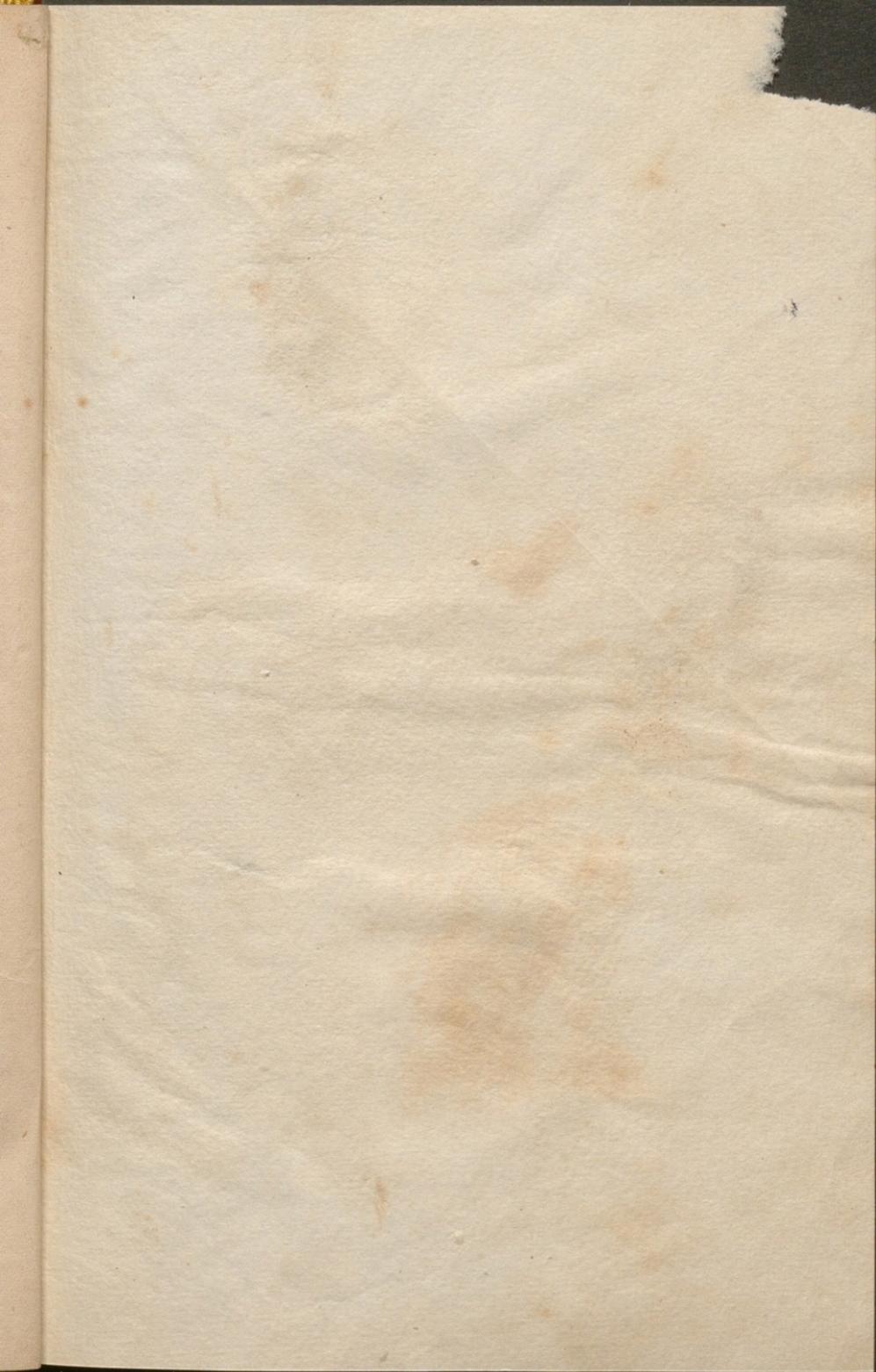


Micaela Negler

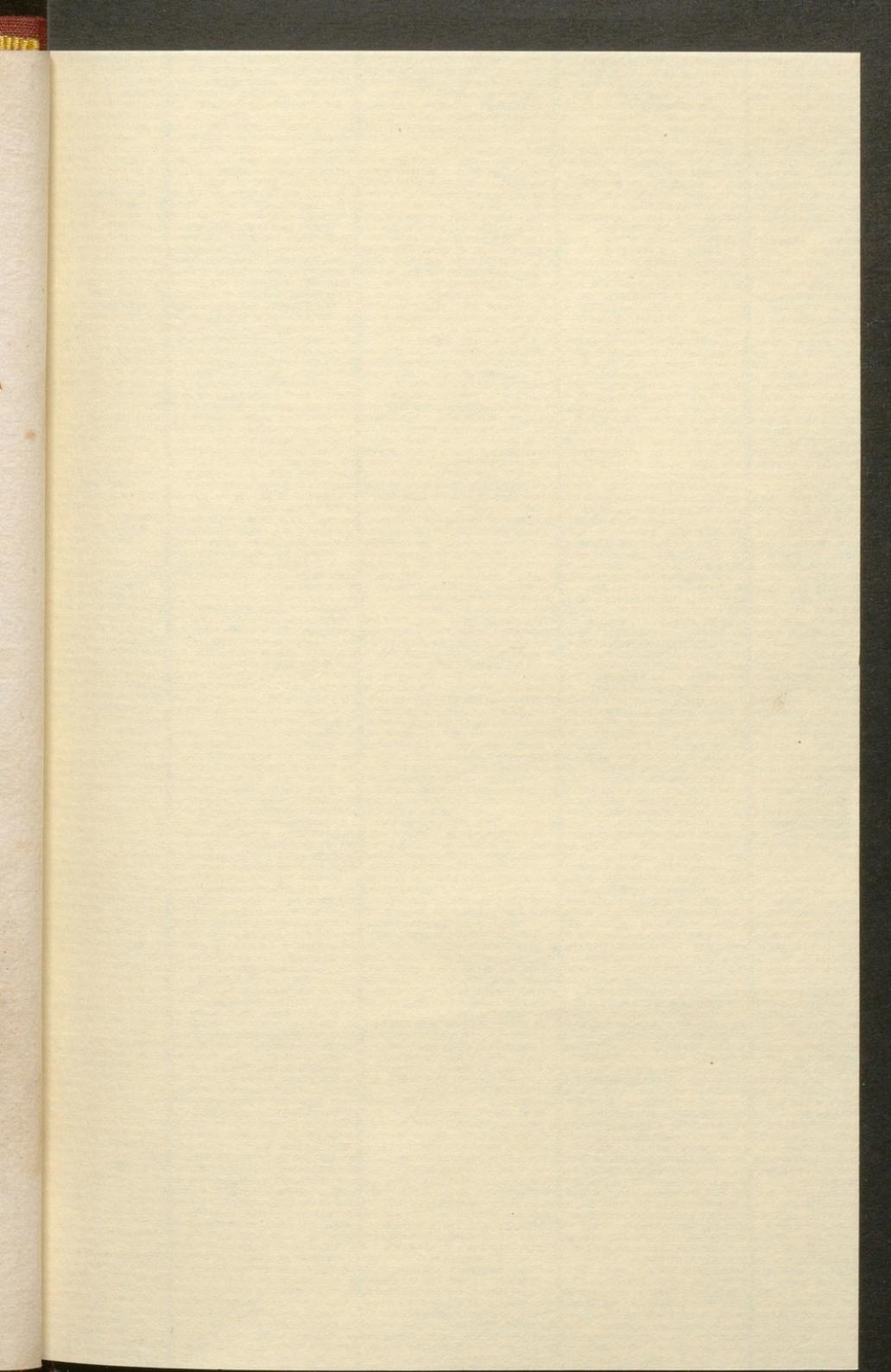
Elisa

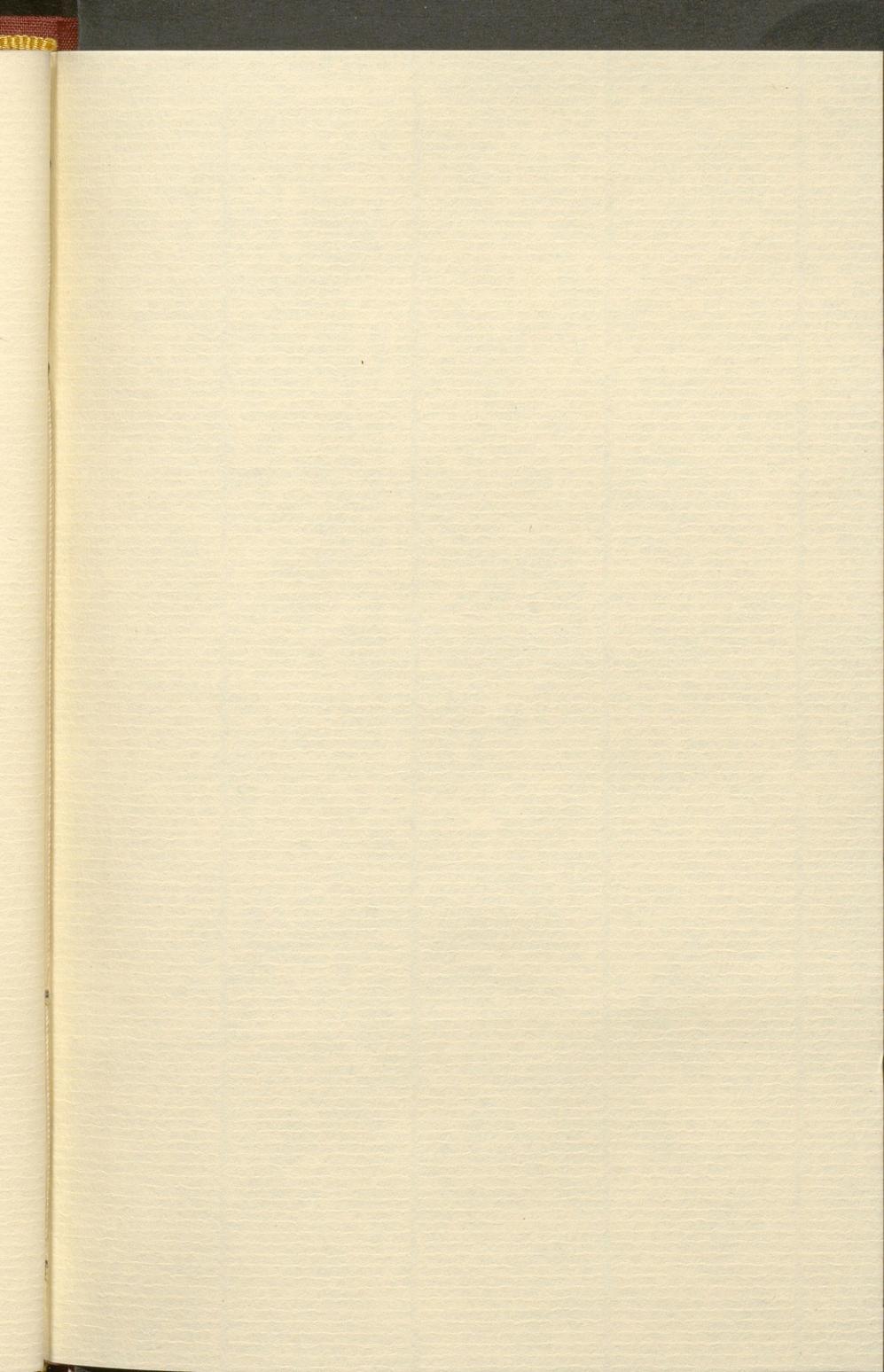
Elia Gelez

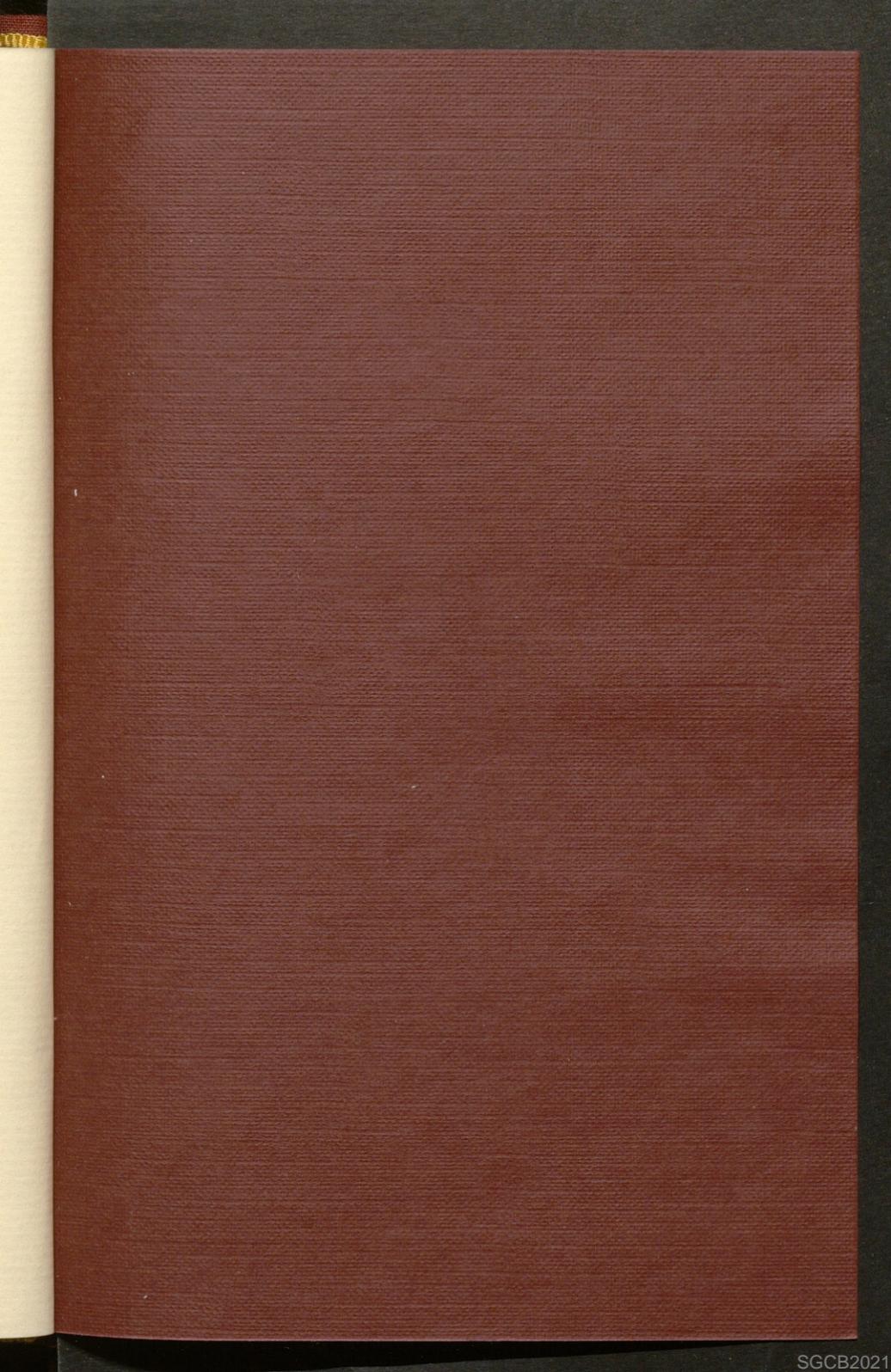












111111

